

PREMIO NOBEL DE LITERATURA



# ERNEST HEMINGWAY

## El viejo y el mar



*El viejo y el mar* es uno de los relatos más bellos jamás escritos. Un viejo pescador emprende su última travesía de pesca y logra dar con una gran pieza contra la que tendrá que luchar duramente. Cuando por fin consiga matarla, se verá obligado, por su desmesurado tamaño, a atarla a un costado de la barca, y de regreso a la costa tendrá que afrontar los ataques de los tiburones a su pieza. La vejez, el mar, la lucha del hombre con la naturaleza, el esfuerzo físico, la derrota y la victoria, el sol del trópico o el destino son algunos de los elementos con que Hemingway teje esta verdadera historia inmortal.



Ernest Hemingway

# **El viejo y el mar**

ePub r1.3

Titivillus 18.09.2019

Título original: *The Old Man and the Sea*  
Ernest Hemingway, 1952  
Traducción: Fernando Gutiérrez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



## ERNEST HEMINGWAY

*LEJOS del genio desbocado de un Faulkner, de la densidad verbal del cantor de los estados del Sur, este americano del Norte es el novelista de la escueta sencillez, de la violencia vital narrada sucintamente. Hemingway ve la vida como un constante antagonismo del hombre con los elementos y con el resto de los hombres, y las vicisitudes de esa lucha, con toda su salvaje belleza, forman el contenido de su obra. La temática de sus novelas, ya se desarrollen en aguas del Caribe o en las colinas de África, durante la campaña de Italia o la guerra española, será siempre la misma: el entrelazamiento fecundo del amor y la muerte, narrado casi siempre en sus manifestaciones más primarias. Mundo despiadado el de Hemingway, y al que la parquedad expositiva, el sobrio objetivismo de los hechos, hace aún más cruel, al darle veracidad de testimonio. Pero Hemingway, combatiente de la «generación perdida», como llamara Gertrude Stein a tanta juventud norteamericana que, pasados los horrores de las trincheras, quedó encallada en París, anegando su desorientación en whisky, no podía escribir de otra manera. Ha visto demasiadas formas de morir en el frente italiano, o durante la entrada de los turcos en Esmirna, para que no intente reaccionar narrándolas en toda su crudeza. Así los cuentos de In Our Time (En nuestro tiempo) (1925), la novela A Farewell to Arms (Adiós a las armas), donde la descripción de la «debacle» de Caporetto es comparable a la de la retirada napoleónica, narrada por Stendhal, y hasta en el mismo The Sun Also Rises (El sol también sale), más conocida en España como Fiesta, novela que, encabezada con la citada frase de la Stein, narra la estúpida vida de unos norteamericanos en París y en España, que, a través del barnizado cinismo de sus diálogos y la enorme cantidad de bebida que ingieren, traslucen su desilusión ante la vida, desilusión trágica en el caso de Jake Barnes, el hombre que no murió en la guerra, pero que así debiera haber sido. En Death in the Afternoon (Muerte en la tarde), aparecido en 1932, libro donde recoge sus experiencias taurinas, se reitera el tema de la sangre, la bárbara exaltación ante el duelo del hombre y la bestia. Hay que esperar a To Have and Have Not (Tener o no tener), en 1937, a For Whom the Bell Tolls (Por quien doblan las campanas) (1940), para que la sangre vertida adquiera algún significado, y más aún, casi al final de su obra, a la figura del viejo Santiago ante el mar, para que ese significado, trémulo ya de poesía, aparezca trascendido de cordialidad y optimismo. Al llegar aquí, Hemingway, en la madurez de su medio siglo, ha superado la desesperanza. El novelista de la «generación perdida» se ha salvado. Y es Santiago, el viejo pescador, el que al luchar denodadamente contra el mar y los tiburones que intentan arrebatarse su presa, nos da la clave de la ética hemingwayana, en una sola frase: «Un hombre puede ser destruido, pero nunca*

vencido», Acaso sea esa creencia lo que ha permitido tantas veces a Hemingway, en el curso de su azarosa existencia, sonreír a la muerte como a una mujer.

Nacido en Oak Park, en las cercanías de Chicago, el 21 de julio de 1898, Ernest Hemingway vive una infancia salvaje, rebelde a la escuela, a la que sólo asiste en sus cursos primarios. Su destreza en boxear le ha rodeado de una fama incipiente. El joven Hemingway no tarda en abandonar su casa, actuando como periodista en el Kansas City Star. Al estallar la primera Guerra Mundial, a Hemingway le falta tiempo para enrolarse, y pasa a Francia con un cuerpo de ambulancias, y luego a Italia, donde su alta figura pronto se hace familiar a los soldados italianos, que le llaman cariñosamente el *giovane americano*. Combate en el Véneto, en el Piave, y la leyenda asegura que, herido por la explosión de una granada, salta de la trinchera para recoger a un italiano, caído en tierra de nadie. En Milán, donde convalece lentamente de sus heridas, Hemingway se empapa de la belleza de la tierra italiana, saturándose de sensibilidad europea, lo que dará posteriormente autenticidad a las páginas, brillantes y fugaces, de Fiesta, y a las sentimentales evocaciones de Adiós a las armas. Todavía, antes de partir para América, el joven Hemingway asiste en Turquía al espectáculo de la matanza humana. En seguida, al regreso, su casamiento con Hadley Richardson, y un largo sueño que ordenar, entre sus tareas periodísticas: el retorno a Europa. Al fin, el Toronto Star premia su eficiente trabajo con una corresponsalía, y es enviado a Grecia para informar acerca de la revolución. Luego París. Aún no tiene los veinticinco años, pero ya ha adquirido solides como hombre y, cuando escriba, no hará sino extraer material de su vida pasada, rica en contenido. En París vive la bohemia literaria, conoce a Sherwood Anderson, y frecuenta la casa de Gertrude Stein. Bajo el influjo de ambos, piensa seriamente en la literatura y no tarda en romper de un modo explosivo con el periodismo, para dedicarse totalmente a la labor creadora. Su primer libro *Tree Stories and Ten Poems* (Tres cuentos y diez poemas), aparece en Dijon, en 1923. En él se hace patente la influencia de la Stein y Anderson, y aun de Fitzgerald y Crane.

No tardaría Hemingway, sin embargo, en convertirse en un maestro del relato corto. *Men Without Women* (Hombres sin mujeres), publicado en 1927, encierra cuatro cuentos capitales: *The Undefeated* (Los invencibles), *Hills Like White Elephants* (Colinas como elefantes blancos), *Fifty Grand* (Cincuenta mil dólares) y *The Killers* (Los asesinos), que sirvió de base para una de las mejores películas de Siodmak. *The Fifth Column and the First Forty-Nine Stories* (La quinta columna y los primeros cuarenta y nueve cuentos), es una especie de cajón de sastre, farragoso y melodramático, pero que contiene algunos relatos considerables: el famoso *The Snows of Kilimanjaro* (Las nieves del Kilimanjaro), y *The Short Happy Life of Francis Macomber* (La vida corta y feliz de Francis Macomber).

La aparición de su obra maestra *Por quien doblan las campanas* convierte en un gran novelista al que ya era un magnífico narrador. Y diez años más tarde, cuando

ya la crítica, ante la publicación de *Allende el río* y entre los árboles, había decretado la muerte literaria de su autor, Hemingway sorprende al público con su *El viejo y el mar*, que le vale el Premio Nobel.

La vida de Hemingway, como la de sus personajes, ha oscilado siempre entre el amor y el riesgo, las dos caras de la aventura. Apasionado por la pesca en alta mar, consigue frente a Cuba ejemplares excepcionales. Cazador infatigable, ha recorrido en «safari» las praderas de África, recogiendo sus impresiones en uno de sus libros, *The Green Hills of Africa*. Recientemente ha tenido dos aparatosos accidentes aéreos sobre el Kenya, de los que ha salido milagrosamente ileso.

Cuando los Estados Unidos intervienen en la última conflagración, Hemingway equipa como buque-trampa su balandro españolamente llamado *Pilar*, como su mejor personaje femenino, y decide hacer la guerra por su cuenta, logrando localizar en las Antillas varios submarinos alemanes y transmitiendo su situación al mando norteamericano. Decidido a ver la lucha de más cerca, Hemingway marcha a Inglaterra, como enviado de un diario de su país, llegando a participar en los vuelos de la RAF sobre territorio enemigo. Se agrega asimismo a las fuerzas invasoras cuando se produce el desembarco en Normandía, y es de los primeros en penetrar con su jeep en París. Y es que para este viejo luchador, inadaptado eterno, la vida sólo empieza a orillas del peligro.

Casado por cuarta vez, Hemingway, que ha sido desgraciado en sus anteriores matrimonios, parece haber conseguido, al fin, la dicha.

Su residencia habitual es *Finca Vigía*, una vieja casona frente al mar, entre La Habana y Matanzas. Allí vive, rodeado de trofeos de caza y antiguos carteles de toros. Por la mañana escribe, en su estilo cada vez más depurado, y bajo el signo de serenidad en que ha entrado su obra. Las tardes las dedica a la amistad, a los seres fraternos que arriban a su puerta de todas las partes del mundo, o se acerca a la aldea vecina a charlar un rato con sus amigos los pescadores. Y, por las noches, cuando mire el maravilloso cielo antillano y rememore la juventud pasada, acaso, entonces poseo de belleza, sueña, como Santiago, en leones que, en el crepúsculo, bajan hacia la playa.

**E**RA una vez un viejo solo en su barca, que pescaba en medio del Gulf Stream. Durante ochenta y cuatro días no había pescado un pez. En los primeros cuarenta días lo acompañó un muchacho. Pero, después de todo este tiempo sin pescar, los padres del chico declararon que el viejo estaba decidida e irremediablemente *salao*, lo que era la peor forma de tener el cenizo. En consecuencia, el mozo fue enrolado en otra barca que, en una semana, pescó tres buenos peces.

Cada noche entristecía el chico al ver al viejo regresar con su barca vacía. Nunca dejaba de ayudarlo a cargar los rollos de sedal, el bichero, el arpón, o la vela arrollada al mástil. La vela estaba remendada con viejos sacos de harina, de modo que, plegada, parecía la bandera amorronada de la derrota.

El viejo era flaco y enjuto, con arrugas como cuchilladas en la nuca. Las manchas pardas de ese inofensivo cáncer de la piel que causa la reverberación del sol en los mares tropicales, señalaban sus mejillas. Cubrían casi por entero ambos lados de su cara, y sus manos tenían las profundas grietas producidas por los sedales cuando llevan prendidos de su punta grandes peces. Pero ninguna de esas grietas era reciente: eran como las erosiones de un desierto pelado.

Todo en él era viejo, salvo su mirada, que era alegre y valerosa y tenía el color del mar.

—Santiago —le dijo el mozo, mientras trepaban por la orilla, después de haber varado la barca—, ahora podría volver a ir contigo. Tenemos dinero.

El viejo había enseñado a pescar al chico y el chico quería al viejo.

—No —dijo el viejo—, vas en una barca a la que todo le va de cara. Debes seguir en ella.

—Pero recuerda que pasamos ochenta y siete días sin pescar nada, y que luego, durante tres semanas, cogimos peces grandes todos los días.

—Recuerdo —dijo el viejo—. Sé perfectamente que no me dejaste porque te hubieras desanimado.

—Papá me obligó. Todavía soy pequeño. Tengo que obedecer, ¿sabes?

—Lo sé —dijo el viejo—. Es natural.

—Él no tenía confianza.

—No —contestó el viejo—. Pero nosotros, sí, ¿verdad?

—Sí —respondió el muchacho—. ¿Quieres que te pague una cerveza en la Terraza? Luego se recogerá todo.

—Pues claro —dijo el viejo—. Entre pescadores...

Sentáronse en la Terraza. La mayor parte de los pescadores se burlaron del viejo, pero él no se molestaba. Los otros viejos lo miraban y se sentían tristes. Sin embargo, no lo aparentaron y emprendieron una conversación cortés sobre las corrientes, los fondos donde habían tendido sus sedales, el buen tiempo persistente y lo que habían visto. Los pescadores cuya jornada fue buena estaban ya allí; los pescados, abiertos, colocados sobre dos tablas que cuatro hombres, uno a cada extremo, llevaban tambaleándose hasta la pescadería; el camión del hielo vendría en busca de esta



mercancía y se la llevaría al mercado de La Habana. Los que habían pescado tiburones los llevaron a la factoría de tiburones, al otro lado de la bahía, donde se cuelga a los escualos de un gancho, se les quita el hígado, les cortan las aletas y los desuellan. Después la carne, cortada en ruedas, va a los saladeros.

Cuando el viento soplabá del Este el hedór de la factoría de tiburones llenaba el puerto. Pero hoy llegaba tan sólo un débil tufo, porque el viento, después de haber vuelto al Norte, había dejado de soplar. Era agradable estar al sol en la Terraza.

—Santiago —dijo el chico.

—¿Qué? —preguntó el viejo.

Tenía el vaso en la mano y recordaba mejores tiempos.

—¿Quieres que vaya a pescarte sardinas mañana?

—No. Es mejor que vayas a jugar al *baseball*. Todavía puedo remar y Rogelio lanzará el esparavel.

—De todos modos, me gustaría. Como no tengo derecho a pescar contigo, trato de ayudarte de otra forma.

—Me has invitado a beber —dijo el viejo—. Ya eres un hombre.

—¿Qué edad tenía cuando me llevaste en tu barca por primera vez?

—Cinco años, y por poco no lo cuentas. ¿Recuerdas cuando icé a bordo aquel pez, sin haberlo cansado lo bastante, que estuvo a punto de mandar al diantre la barca?

—¡Claro que me acuerdo! ¡Daba cada coletazo y armaba un cisco! Se cargó el banco. Esquivaste sus golpes y me lanzaste a proa, sobre un montón de redes mojadas. Parecía que a la barca le había entrado tiritona. Te oí apalearlo como si talaras un árbol. Me acuerdo también del olor de la sangre, que era pegajoso.

—¿De veras te acuerdas de todo esto, o es que yo te lo he contado?

—Me acuerdo de todo lo que pasó desde la primera vez que salimos juntos.

El viejo le miró con sus ojos confiados, pálidos por el sol.

—Si fueras hijo mío, te llevaría conmigo y arriesgaría el golpe —dijo—. Pero tienes a tu padre y a tu madre y vas en una barca a la que todo le va de cara.

—¿Quieres que me ocupe de las sardinas? Creo que podría encontrarte cuatro carnadas. Sé dónde hay.

—Todavía me quedan las de hoy. Las he puesto en sal en la caja.

—¿Quieres que te traiga cuatro que sean frescas?

—Sólo una —dijo el viejo.

Ni su esperanza ni su confianza se habían debilitado, pero, al fin, iban menguando como una brisa que amaina.

—Dos —insistió el chico.

—Bueno, dos —dijo el viejo—. No las robarás, ¿verdad?

—¡Pues vaya una cosa! —exclamó el mozo—. No, éstas las he comprado.

—Gracias, pequeño —respondió el viejo.

¿Cuándo el viejo había alcanzado la humildad? Era demasiado simple para descubrirlo. Pero sabía que la había alcanzado. Sabía que esto no era vergonzoso. No perdió su verdadero orgullo.

—Con esta brisa hará buen día mañana —dijo.

—¿Adónde piensas ir? —preguntó el muchacho.

—Lo más lejos que pueda y volveré cuando cambie el viento. Quiero estar mar adentro antes de que sea de día.

—Me las compondré para que mi patrón vaya lejos también —dijo el chico—. Si agarras alguna cosa grande te podremos echar una mano.

—A tu patrón no le gusta ir demasiado lejos.

—No —dijo el muchacho—. Pero me las ingeniaré con un truco que él no pueda ver: por ejemplo, un pajarraco que se lanza a comer. Creerá que hay doradas, y se acabó la cuestión.

—¿Tiene tan mala vista?

—Es casi ciego.

—Es curioso —dijo el viejo—. Tu patrón no ha ido nunca a pescar tortugas. Esto es lo que mata los ojos.

—Pero tú has estado pescando tortugas muchos años en la Costa de los Mosquitos y tienes buenos ojos.

—Yo soy un tipo raro.

—¿Crees que eres todavía lo bastante fuerte para cargar con un pez de los grandes de veras?

—Creo que sí. Además, hay muchas mañas.

—Vamos a llevar a casa el aparejo de pesca, cogeré la red y me iré a buscar sardinas.

Recogieron los trebejos de la barca. El viejo se echó el mástil al hombro, y el chico se cargó la caja que contenía los pardos sedales apretadamente trenzados y adujados, el bichero y el arpón. El cubo con las carnadas estaba en la popa, así como el garrote que utilizaba para rematar a los peces grandes cuando los arrimaba al flanco del bote. Nadie le hubiese afanado nada al viejo, pero era más prudente recoger la vela y los sedales gruesos para los cuales el rocío no significaba nada. Indudablemente, la gente del país respetaba las cosas del viejo, pero no era cosa de tentar a nadie con un bichero y un arpón abandonados en una barca.

Juntos se dirigieron hasta la cabaña del viejo, cuya puerta estaba abierta. El viejo apoyó contra la pared el mástil con su vela arrollada y el chico dejó al lado la caja y los demás objetos. El mástil tocaba casi el techo de la cabaña. Ésta, compuesta de una sola habitación, estaba construida con esas recias cortezas de la palma real llamada *guano*. Había allí una cama, una mesa y una silla. Hacíase la comida en un hornillo de carbón de madera, colocado en el suelo de tierra apisonada. En las pardas paredes, donde apuntaban aquí y allá las aplastadas hojas de *guano* de resistente fibra, había una imagen en colores del Sagrado Corazón y otra de la Virgen de Cobre. Eran

recuerdos de su mujer. En otro tiempo la pared estuvo adornada con una fotografía en colores de su esposa, pero el viejo, cuando la miraba, sentíase todavía más solo. La había colocado en la estantería del rincón, bajo la camisa limpia.

—¿Qué tienes para comer? —preguntó el chico.

—Una cazuela de arroz amarillo con pescado. ¿Quieres?

—No. Comeré en casa. ¿Te enciendo el fuego?

—No. Lo encenderé más tarde. Tal vez coma el arroz frío.

—¿Puedo llevarme el esparavel?

—Claro.

No había ningún esparavel. El muchacho recordaba bien la época en que lo había vendido. Pero todos los días representaban esta pequeña comedia. Tampoco había arroz amarillo con pescado.

—El ochenta y cinco es un buen número —dijo el viejo—. ¿Qué dirías si vieras que traigo en mi fragata un pez de media tonelada?

—Voy a coger el esparavel y salir a pescar sardinas. ¿No te sientas al sol ante la puerta?

—Sí. Leeré la página de *baseball* del diario de ayer.

El muchacho no sabía si el diario de ayer formaba parte de la comedia. Pero el viejo lo sacó de debajo de la cama.

—Me lo dio Perico en la *bodega* —dijo a modo de explicación.

—Volveré cuando haya cogido las sardinas. Pondré en hielo las tuyas y las mías y mañana por la mañana nos las repartiremos. Cuando vuelva me contarás lo del *baseball*.

—Los «Yankees» no pueden perder.

—Me dan miedo los «Indios» de Cleveland.

—Ten fe en los «Yankees», muchacho. Piensa en el gran Di Maggio.

—Me dan miedo a la vez los «Tigres» de Detroit y los «Indios» de Cleveland.

—Ten cuidado, no sea que también tengas miedo de los «Rojos» de Cincinnati y de los «White Hose» de Chicago.

—Entérate de cómo marcha eso, ¿eh? Y me lo cuentas cuando vuelva.

—¿Crees que debería comprar un billete de lotería que termine en ochenta y cinco? Mañana será el día ochenta y cinco.

—No es mala idea —dijo el muchacho—. Pero ¿qué dirías del ochenta y siete de tu famoso pescado?

—Estas cosas no ocurren dos veces. ¿Crees que podría encontrar un ochenta y cinco?

—Podría encargar uno.

—Un billete entero. Vale dos dólares y medio. ¿Quién podría prestarlos?

—¡Bah! No es difícil. Yo siempre encontraré dos dólares y medio.

—Tal vez yo también. Pero no quisiera pedir prestado. Empiezas pidiendo prestado y acabas pidiendo limosna.

—Abrígate bien, abuelo —dijo el chico—. No olvides que estamos en septiembre.

—El mes de los grandes peces —replicó el viejo—. En mayo cualquiera puede ser pescador.

—Bueno. Me voy por las sardinas —dijo el muchacho.

Cuando volvió el chico, el viejo pescador dormía en su silla y el sol se había puesto. El muchacho cogió del lecho la vieja manta militar y la puso por encima del respaldo de la silla y los hombros del viejo. Eran unos hombros extraños, fuertes, a pesar de la vejez. También el cuello era fuerte: las estrías se veían menos en esa postura del sueño que mantiene la cabeza inclinada hacia adelante. La camisa del viejo estaba remendada con tantas piezas que parecía la vela de su barca, y esos pedazos se habían descolorido con el uso. La cabeza era muy vieja. El rostro, con los ojos cerrados, no parecía vivo. El periódico yacía sobre las rodillas del viejo; el peso de su brazo lo protegía contra la brisa del atardecer. El viejo estaba descalzo.

El chico lo dejó en paz y se ausentó de nuevo. Cuando volvió, el viejo seguía durmiendo.

—Despiértate, abuelo —dijo el chico, poniendo la mano en la rodilla del viejo.

El viejo abrió los párpados y tardó un rato en salir de las profundidades del sueño. Luego sonrió.

—¿Qué traes ahí? —preguntó.

—La cena —dijo el muchacho—. Vamos a cenar.

—No tengo mucha hambre.

—Vamos, ven a cenar. No puedes ir a pescar si no comes nada.

—No habrá más remedio —dijo el viejo, levantándose y doblando el periódico.

Luego comenzó a plegar la manta.

—No te quites la manta —dijo el chico—. Mientras yo viva, no te irás a pescar con la barriga vacía.

—Bueno. Procura vivir mucho tiempo y cuídate de ti —dijo el viejo—. ¿Qué vamos a cenar?

—Frijoles negros con arroz, plátanos fritos y asado.

El chico había ido a buscar todo esto a la Terraza y lo llevaba en una fiambarrera. En el bolsillo, envueltos en servilletas de papel, dos pares de cuchillos, tenedores y cucharas.

—¿Quién te ha dado esto?

—Martín, el patrón.

—Tendré que darle las gracias.

—No tienes que dárselas —dijo el chico—. Ya se las di yo.

—Le daré la ventrecita de un pescado grande —replicó el viejo—. ¿Ha hecho esto otras veces por nosotros?

—Creo que sí.

—Entonces no bastará con la ventrecha. Le daré algo más. Es un hombre generoso.

—Hay también dos botellas de cerveza.

—Me gusta más la cerveza en lata.

—Lo sé, pero esta es embotellada. Cerveza Hatuey. Le devolveré las botellas vacías.

—Eres muy amable —dijo el viejo—. ¿Qué? ¿Comemos?

—Es lo que yo proponía —dijo el muchacho con dulzura—. No quise abrir la fiambrera hasta que estuvieras listo, ¿sabes?

—Ya estoy listo —respondió el viejo—. Sólo necesitaba tiempo para lavarme.

«¿Dónde te lavas?», se preguntó el chico. La fuente pública estaba dos calles más allá. «Tendré que llevarle agua —pensó el muchacho—, jabón y una buena toalla. Realmente no he pensado en nada. Tendré que buscarle también otra camisa y un jersey para el invierno, zapatos y, además, una manta».

—Está bueno tu asado —dijo el viejo.

—¿Qué hay del *baseball*? —preguntó el chico.

—En la liga americana, como ya te dije, los «Yankees» —respondió el viejo alegremente.

—Perdieron hoy —replicó el muchacho.

—Esto no significa nada. El gran Di Maggio vuelve a estar en forma.

—Hay otros jugadores en el equipo.

—Pues claro. Pero él es quien cuenta. En el otro partido entre Brooklyn y Filadelfia, me quedo con el Brooklyn. Me acuerdo siempre de Dick Sisler. Te jugaba tan bien en el viejo Parque...

—No hubo nadie como él. Nunca vi a ninguno que lanzara la pelota tan lejos.

—¿Recuerdas cuando iba a la Terraza? Con gusto me lo hubiese llevado a pescar. Pero no me atrevía a proponérselo. Te pedí a ti que se lo dijeras, pero no tuviste más agallas que yo.

—Sí. Fue un gran error. Tal vez hubiese ido con nosotros. ¿Te das cuenta? Un recuerdo como ese...

—¡Cuánto me gustaría llevarme a Di Maggio a pescar! —dijo el viejo—. Creo que su padre era también pescador. Y tan pobre como nosotros. Lo hubiera comprendido.

—El padre del gran Sisler no fue nunca pobre. La prueba es que jugaba ya en los partidos importantes cuando tenía mi edad.

—Cuando yo tenía tu edad, me encaramaba al palo de un velero que hacía las costas de África y, por la noche, veía leones en la playa.

—Ya lo sé. Me lo contaste.

—¿Hablamos de África o del *baseball*?

—Prefiero el *baseball* —dijo el chico—. Háblame del gran John J. McGraw.

El chico decía *Jota* por *j*.

—En aquel tiempo también él iba a la Terraza. Pero era grosero y alborotador cuando bebía más de la cuenta. Le gustaban las carreras casi tanto como el *baseball*. Por lo menos, llevaba siempre los bolsillos llenos de listas de caballos y solía decir por teléfono nombres de caballos.

—Era un gran organizador —dijo el chico—. Mi padre cree que el mejor de todos.

—Porque venía aquí más a menudo que los otros —dijo el viejo—. Si Durocher hubiera seguido viniendo cada año, a tu padre le hubiese parecido el mejor organizador.

—Según tú, ¿quién es el mejor organizador? ¿Luque o Mike González?

—Creo que por ahí se van.

—Y el mejor pescador eres tú.

—No. Los hay mejores.

—¡Qué va! —replicó el chico—. Hay muy buenos pescadores y grandes pescadores. Pero no hay nadie como tú.

—Gracias, pequeño. Me haces feliz. Espero no encontrar un pez tan grande que te haga quedar mal.

—Si estás tan fuerte como dices, no existe pez grande.

—Quizá no esté tan fuerte como eso —dijo el viejo—. Pero conozco montones de triquiñuelas y soy testarudo.

—Deberías acostarte ahora para estar a punto mañana. Voy a llevarme todo esto a la Terraza.

—Entonces, buenas noches. Te despertaré mañana temprano.

—Tú eres mi despertador —dijo el muchacho.

—Mi edad es mi despertador —dijo el viejo—. ¿Por qué los viejos se despiertan tan temprano? ¿Para hacer más largos los días?

—No sé —contestó el chico—. Todo lo que sé es que a mi edad se duerme hasta tarde y cuesta despertar.

—Recuerdo aquellos tiempos —dijo el viejo—. Te despertaba muy temprano.

—No me gusta que sea el patrón quien me despierte. Me parece que soy su inferior.

—Comprendo.

—Que descanses, abuelo.

El chico se fue. Habían cenado sin luz. El viejo se quitó los pantalones y se acostó en la oscuridad. Enrolló los pantalones, metió dentro unos periódicos y se hizo una almohada. Se envolvió en la manta y se tendió sobre los periódicos que cubrían el somier del lecho.

No tardó en quedarse dormido. Soñó en el África de su juventud, en las largas playas doradas, en las playas deslumbrantes, tan resplandecientes que hacían daño a los ojos, en los altos promontorios y en las grandes montañas pardas. Se pasaba todas las noches en aquella costa africana. El mugido de las olas llenaba sus sueños y veía

las piraguas de los negros deslizarse por los rompientes. El olor a brea y estopa que tienen las cubiertas de los barcos, perfumaba su sueño. Al amanecer, la brisa le llevaba ese mismo olor de África.

Generalmente se despertaba cuando olía la brisa de tierra, se vestía e iba a despertar al chico. Pero aquella noche el olor de la tierra vino muy temprano, demasiado temprano, pensó él en medio de su sueño. Continuó durmiendo para ver surgir del mar los blancos picos de las islas. No tardó en ver los puertos y ensenadas de las Islas Canarias.

Nunca soñaba con tormentas, ni mujeres, ni grandes acontecimientos, ni pescados enormes, ni riñas, ni pruebas de fuerza, ni siquiera con su mujer. No soñaba más que con paisajes y leones a la orilla del mar. Los leones jugaban como gatos en el crepúsculo y él los quería como quería al chico. No soñaba nunca con el muchacho. Se despertaba, miraba la luna por la puerta abierta, desenrollaba los pantalones y se los ponía. Afuera, orinaba contra la pared de la cabaña y subía la cuesta para despertar al chico. Estremecía bajo el frío de la mañana. Pero sabía que estos escalofríos lo calentarían y que pronto estaría encorvado sobre los remos.

La puerta de la casa en que vivía el chico no estaba cerrada con llave. Abrió y entró silenciosamente, descalzo. El pequeño dormía en una camita que estaba en el vestíbulo. El viejo lo veía claramente a la pálida luz de la luna. Lo agarró suavemente por un pie y lo mantuvo levantado. El chico se despertó y miró al viejo, que hizo un movimiento de cabeza. El muchacho cogió los pantalones que estaban sobre una silla y se los puso sin levantarse.

El viejo salió de la casa y el chico tras él. Todavía estaba dormido. El viejo le rodeó los hombros con el brazo y le dijo:

—Me da pena despertarte.

—*¡Qué va!* —dijo el chico—. Cuando se es hombre hay que saltar de la cama.

Bajaron hasta la cabaña del viejo. A lo largo del camino, los hombres se movían, descalzos, en la oscuridad, llevando sobre el hombro los palos de sus barcas.

Cuando llegaron a la cabaña, tomaron los rollos de sedal, el arpón y el bichero. El viejo se cargó al hombro el palo con la vela, arrollada.

—¿Quieres café? —preguntó el chico.

—Más tarde. Primero hemos de aparejar la barca.

Bebieron su café en latas de conserva que les sirvieron en un chiringuito para pescadores que se abría temprano.

—¿Dormiste bien, abuelo? —preguntó el chico.

Le costaba soltar el sueño y ahora comenzaba apenas a despertarse.

—Muy bien, Manolín —respondió el viejo—. Hoy tengo una gran confianza.

—También yo —dijo el chico—. Bueno, me voy ahora a buscar tus sardinas y las mías y la carnada fresca. Mi patrón traerá él mismo su aparejo. No quiere que nadie toque nada.

—Cada uno tiene su costumbre —dijo el viejo—. Cuando tenías cinco años, yo te dejaba llevar lo que quisieras.

—Lo sé —dijo el chico—. Vuelvo en seguida. Toma otro café. Aquí tenemos crédito.

Descalzo sobre las rocas de coral, se dirigió hacia la nevera municipal donde se guardaban las carnadas.

El viejo se bebió el café a pequeños sorbos. Era todo lo que tomaría hasta la noche y sabía que lo necesitaba. Hacía mucho tiempo que le molestaba comer y nunca se llevaba almuerzo. Tenía una botella de agua en la proa y esto le bastaba para todo el día.

El chico volvió con las sardinas y las dos carnadas envueltas en papel de periódico. Tomaron el sendero que conducía hasta la barca, hundiendo los pies desnudos en la arena pedregosa, luego levantaron la barca y la deslizaron al agua.

—Buena suerte, abuelo.

—Buena suerte —dijo el viejo.

Ajustó a los toletes las amarras de los remos e, inclinándose hacia adelante para apalancar con las palas sumergidas en el agua, comenzó a remar y, en plena oscuridad, salió del puerto. Había otros botes, venidos de otras playas, que se dirigían también mar adentro. El viejo oía el ruido de los remos que golpeaban y rechazaban el agua, a pesar de que no distinguía nada porque la luna se había ocultado detrás de las colinas.

A veces se oía hablar en una barca. Pero la mayor parte de las embarcaciones estaban silenciosas, aparte del rumor de los remos.

Pasados los límites del puerto, se dispersaron y cada una se dirigió al lugar del océano donde esperaba encontrar buena pesca. El viejo sabía que iría lejos. Dejaba tras él el perfume de la tierra, cada golpe de remo lo sumergía en el olor matinal y puro del océano. Veía en el agua la fosforescencia de los sargazos del Gulf-Stream, remaba por aquella región marina que los pescadores llaman el Hoyo Grande, porque se producía una brusca depresión de setecientas brazas, donde pululaban los peces atraídos por el remolino que producía el choque de la corriente contra las ásperas paredes rocosas del fondo del mar. Había bancos de camarones y sardinas y a veces colonias de calamares en las cavidades más profundas. Por la noche subían a la superficie y servían de alimento a los peces errantes.

En la oscuridad el viejo adivinaba el alba. Al remar, oía las vibraciones de los peces voladores que surgían del agua, el silbido de sus alas rígidas cuando se lanzaban hacia la noche. Le tenía cariño a los peces voladores, que eran, por así decirlo, sus únicos amigos en el océano. Los pájaros le daban lástima, sobre todo las golondrinas de mar, tan delicadas con su oscuro plumaje, que volaban y buscaban sin descanso, y casi siempre en vano. Para las aves la vida es más dura que para nosotros, pensaba, aparte las de rapiña y las de presa. ¿Por qué la idea de haber hecho unos pájaros tan delicados y frágiles como esas golondrinas de mar, cuando el océano es



capaz de tanta crueldad? El océano es dulce y hermoso, pero en un abrir y cerrar de ojos puede volverse brutal, terriblemente brutal. Esas avencillas que vuelan, se sumergen y cazan, con sus vocecillas tristes, son demasiado delicadas para el océano.

Al océano le llamaba siempre *la mar*, que es como lo llaman en español cuando lo quieren. También lo llenan de injurias a veces, pero lo hacen siempre en femenino, como si se tratara de una mujer. Algunos de los pescadores más jóvenes, los que utilizan boyas a modo de flotadores para sus sedales y que tienen barcas a motor, compradas en la época en que el hígado de los tiburones se vendía muy caro, cuando hablan del océano lo llaman *el mar*, que es masculino. Hacen de él un adversario, un lugar, incluso un enemigo. Pero para el viejo el océano es siempre *la mar*, algo que dispensa o niega sus favores. Y si *la mar* se comporta como una loca o como una bruja es porque tiene que ser así: la luna se le mete en la cabeza, como a una mujer.

Continuaba remando. Esto no exigía de él ningún esfuerzo porque mantenía bien la velocidad y porque la superficie del océano era lisa, salvo algunas ondas producidas por la corriente de vez en cuando. La corriente hacía un tercio del trabajo. Cuando apuntó el día, el viejo había recorrido mayor distancia de la que esperaba.

«Durante una semana he trabajado en los grandes fondos y no he pescado nada — pensaba—. Ahora voy a trabajar en los bancos de bonitos y albacoras. Tal vez haya alguno grande entre ellos».

Antes de que fuera totalmente de día, tenía preparada ya la carnada. Lo arrastraba la corriente. Uno de los cebos había alcanzado ya una profundidad de cuarenta brazas. El segundo, a sesenta y cinco, y el tercero y cuarto descendían al fondo del agua azul a cien y ciento veinticinco brazas.

Cada cebo pendía cabeza abajo, con el cuerpo del anzuelo dentro del pescado que servía de carnada cosido y amarrado sólidamente, y toda la parte saliente, curva y gancho, estaba cubierta de sardinas frescas. Las sardinas, atravesadas por los ojos, formaban una especie de guirnalda que cubría todo el acero. No había la más mínima parte de anzuelo que no fuese de olor agradable y gusto apetitoso para un gran pez.

El chico le había dado dos bonitos pequeños de los llamados albacoras. El viejo los había fijado a los sedales más profundos, de modo que colgaban como plumadas. En los otros dos había puesto una cojinúa grande y un cibí que ya habían sido usados, pero que todavía estaban en buen estado. De todos modos, las excelentes sardinas les prestaban aroma y atractivo. Cada sedal, del grosor de un lápiz grande, estaba enrollado en torno a una varilla de madera verde, de modo que el menor tirón, el menor toque a la carnada haría sumergir la varita. El viejo tenía en reserva dos rollos de sedal de cuarenta brazas cada uno, que podían añadirse, en caso necesario, a los sedales de repuesto, y así se le podía soltar a un pez trescientas brazas.

Ahora el hombre estaba vigilando la posición de las tres varillas a lo largo de la borda del bote y remó suavemente para mantener los tres sedales tirantes y verticales hasta su debida profundidad. Ya era de día. De un momento a otro saldría el sol.

Emergió de las olas y el viejo pudo ver las otras barcas a ras del agua, no muy lejos de la costa, colocadas aquí y allá a través de la corriente. El sol se hizo más radiante y sus rayos incendiaron el mar. Cuando se desprendió por entero del horizonte, su reflejo sobre el espejo del agua hirió de lleno al viejo en los ojos. Le hizo daño, pero continuó remando, vuelta la cabeza. Con la mirada siguió los sedales sumergidos en las sombrías profundidades del agua. Sabía mantenerlos más rectos que nadie; a cada nivel, en las tinieblas de la corriente, había un cebo en el lugar exacto escogido por él para cualquier pez que pasara por allí. Los otros pescadores dejaban que sus carnazas derivaran con la corriente y a veces estaban a sesenta brazas cuando los pescadores creían que se hallaban a cien.

«Pero yo los mantengo en la profundidad precisa —pensó el viejo—. Y, sin embargo, no doy una. ¡Quién sabe! Tal vez hoy... Todo empieza cada día. Claro que está bien tener suerte, pero prefiero hacer lo que debo. Entonces, cuando vengan bien dadas, estaré dispuesto».

El sol se había levantado ya dos horas y al viejo ya no le dolían los ojos cuando miraba a levante. Solamente había tres barcas a la vista; parecían muy bajas en el agua y cerca de la orilla.

«Que recuerde, toda mi vida me ha pasado lo mismo, el sol me hace daño en los ojos por la mañana —pensó el viejo—. Pero esto no impide que sean fuertes aún. Por la tarde puedo mirar al sol de frente y ni siquiera veo manchas negras. ¡Y es más fuerte entonces! Pero por la mañana es condenadamente doloroso».

Ante él un águila marina de largas alas negras trazaba círculos en el cielo. De pronto, se precipitó, ladeándose con las alas tendidas hacia atrás, y luego siguió girando.

—Ha encontrado algo —dijo el viejo en alta voz—. Está observando alguna cosa.

Lentamente remó hacia el lugar sobre el que el ave revoloteaba. No se apresuró y tuvo el cuidado de mantener verticales y tensos los sedales. Sin embargo, avanzaba un poco más de prisa que la corriente. Aunque continuaba pescando según las reglas, su marcha era más rápida de lo que hubiera sido de no haberse guiado por el águila.

El ave se elevó en el aire un poco más y luego comenzó a planear y girar. Bruscamente se lanzó. El viejo vio entonces peces voladores que salían del agua y batían las alas desesperadamente sobre la superficie.

—¡Dorados! —dijo el viejo en voz alta—. ¡Y de los grandes!

Montó los remos y tomó de debajo del asiento de proa un pequeño sedal. Tenía un alambre y un anzuelo de tamaño mediano al cual enganchó una sardina. Lo soltó por la borda y lo amarró a una de las argollas de popa. Inmediatamente cebó otro sedal y lo dejó enrollado a la sombra de popa. El ave negra de grandes alas rozaba casi el agua. El viejo, sin apartar de ella los ojos, volvió a remar.

El pájaro se lanzó de nuevo oblicuamente sobre los peces voladores y batió locamente las alas, pero sin resultado. El viejo podía ver la leve convexidad que formaba en el agua el dorado grande persiguiendo a los peces fugitivos. Los dorados

nadaban a toda velocidad bajo el vuelo de los peces a los cuales aguardaban en el momento de su caída.

«Es un gran banco de dorados —pensó el viejo—. Hay por todas partes. Los voladores no tienen grandes posibilidades de salirse de ésta. El ave tampoco tiene suerte. Los voladores son demasiado grandes para él y van demasiado de prisa».

Contempló a los peces voladores que saltaban constantemente fuera del agua, y los vanos esfuerzos del ave para apoderarse de uno.

«Este banco se larga —pensó—. Demasiado de prisa para mí y se van muy lejos. Tal vez pueda pillar a uno que se quede atrás. Mi pez grande debe de estar cerca de ellos. El pez grande tiene que estar en alguna parte».

Por encima de la costa las nubes habían empezado a reunirse en montañas. De la tierra no se veía más que una larga línea verde destacándose bajo las azuladas colinas. El agua había adquirido un tono azul oscuro, tan oscuro que parecía violeta. El viejo advirtió las manchas rojas del plancton en el fondo de aquella agua oscura que el sol teñía de extrañas claridades. Los sedales se sumergían verticalmente y se perdían en las profundidades. El plancton le hizo sentirse feliz porque indicaba que había peces en abundancia.

El sol estaba muy alto y aquellas extrañas claridades en el mar significaban buen tiempo, lo mismo que la forma de las nubes por encima de la costa. Mientras tanto, el ave se había hecho casi invisible y nada aparecía en la superficie, excepto algún sargazo de un amarillo descolorido por el sol, y la bolsa violada, gelatinosa e irisada de una medusa que flotaba cerca de la barca. Se puso de costado y luego se incorporó. Flotaba tan alegremente como una pompa de jabón. Sus filamentos purpurinos, de un metro de largo, la seguían como una pérfida red.

—*Agua mala* —dijo el viejo—. Puta.

Sin soltar los remos, se inclinó ligeramente para observar los pececillos que nadaban bajo la sombra del molusco a la deriva. Tenían el mismo color que los filamentos undosos, entre los cuales se movían sin peligro. Eran inmunes a su veneno. En cambio, el hombre, no. Cuando alguno de los filamentos se enredaba en un sedal y se quedaba allí, viscoso y purpúreo, y el viejo trabajaba para sacar un pez, al tocarle los brazos y las manos le levantaba ronchas y escoriaciones, como las que produce el guao y la hiedra venenosa. La quemadura ocasionada por el *agua mala* es tan dolorosa y rápida como un latigazo.

Las medusas irisadas eran muy bellas. Pero eran las cosas más traidoras del mar y el viejo se sentía contento cuando veía que las tortugas las devoraban. En cuanto las veían, las atacaban de frente, cerrando los ojos para estar protegidas por completo y se las tragaban con filamentos y todo. Al viejo le encantaba ver a las tortugas comerse las medusas. Sentía el mismo placer que aplastándolas sobre la playa, después de la tempestad, y oyendo su estallido cuando ponía sobre ellas sus pies callosos.

Le gustaban sobre todo las tortugas verdes y los carey, tan elegantes y rápidos y de tanto precio. En cambio sentía un cordial desprecio por esas estúpidas tortugas llamadas caguamas, de caparazón amarillo, que se acoplan de una forma extraña y que, cerrando los ojos, se tragan alegremente las medusas.

Aunque había pescado tortugas durante muchos años, no era insensible a la condición de este bicho. Les tenía lástima a todas, incluso a las llamadas «baúles», tan grandes como la barca y que pesaban media tonelada. La gente no siente piedad por las tortugas, pretextando que el corazón de la tortuga continúa latiendo horas después de haber sido abierta y vaciada. El viejo pensaba:

«También yo tengo un corazón parecido al de las tortugas, y mis manos y mis pies son como los suyos».

Comía sus huevos blancos para fortalecerse. Los comía durante todo el mes de mayo para estar fuerte en septiembre y octubre, cuando aparecen los peces verdaderamente grandes.

También tomaba a diario una taza de aceite de hígado de tiburón. Había siempre un bidón en el almacén donde la mayor parte de los pescadores guardaban sus aparejos. Aquel aceite estaba a disposición de todos los que quisieran, pero le encontraban un sabor abominable. Pero ¿acaso tragarse aquello resultaba más difícil que levantarse en plena noche, como hacían ellos? Además, era un excelente remedio contra el catarro y la gripe. También era bueno para los ojos.

El viejo miró al cielo y vio que el ave comenzaba a revolear de nuevo.

—Ha encontrado peces —dijo en voz alta.

Ahora ningún pez volador hendía el aire y tampoco había peces que sirvieran de alimento por los alrededores. Mientras miraba, el viejo vio un bonito pequeño que saltó, giró en el aire y cayó de cabeza en el agua. La albacora había brillado como plata al sol. Cuando hubo vuelto al agua, saltó otra y otra más y pronto estuvieron saltando en todas direcciones, batiendo el agua y lanzándose sobre sus presas a las cuales rodeaban por todas partes.

«Si no van demasiado aprisa —pensó el viejo— las alcanzaré».

Las evoluciones del banco de albacoras producían grandes cantidades de espuma. El ave se lanzaba y se zambullía para atrapar los peces que ascendían a la superficie forzados por el miedo.

«Ese pajarraco resulta una buena ayuda», dijo el viejo.

En ese momento el sedal que había a popa se tensó bajo su pie, donde había guardado un rollo de sedal. Dejó los remos y tanteó el sedal para comprobar la fuerza de los tirones de la albacora. Luego sujetó firmemente el sedal y comenzó a levantarlo. A medida que el viejo tiraba, aumentaban las sacudidas. Por último vio en el agua el lomo azul y los flancos dorados del pez, que levantó sobre la borda y echó en el bote. Duro y reluciente como un obús, el atún quedó tendido a popa, a pleno sol. Abría unos ojos inmensos y estúpidos y con su cola delgada y ágil golpeaba frenéticamente el fondo de la barca. Se ahogaba, y el viejo, compadecido, le dio un

golpe en la cabeza y de un puntapié lo envió al sombrío rincón de popa, donde quedó estremeciéndose.

—Una albacora —dijo en voz alta—. Será una buena carnada. Por lo menos pesa diez libras.

No recordaba si precisamente en aquella época había comenzado a hablar en voz alta cuando estaba solo. En otro tiempo cantaba. Cantaba por la noche, cuando hacía su guardia al timón en las chalupas pesqueras o en los barcos que iban a buscar tortugas. Sin duda cuando lo dejó el chico se puso a hablar solo. Pero no estaba seguro. Cuando él y el muchacho salían juntos a pescar, no hablaban más que cuando era necesario. Hablaban por la noche o cuando los pillaba el mal tiempo. En la mar no se deben decir palabras inútiles. El viejo lo consideraba así y guardaba silencio. Pero ahora, con mucha frecuencia, expresaba en voz alta sus pensamientos. Tampoco había nadie a quien pudiera molestarle.

—Si la gente me viera hablar solo, creería que estoy guillado —dijo en alta voz—. Pero desde el punto y hora en que no estoy guillado, me importa poco. Los ricos tienen radios en sus barcas para que les hagan compañía y les hablen del *baseball*.

«No es momento para preocuparse del *baseball* —pensó—. Ahora hay que pensar en una sola cosa. Aquella para la que he nacido. Podría haber un pez grande por las cercanías de este banco. He pescado solamente una albacora que andaba en busca de comida. Pero están trabajando condenadamente lejos y rápidas. Todo lo que hoy saca el morro a la superficie, se larga al noroeste. ¿Será hora de que ocurra algo? ¿O es que va a cambiar el tiempo y no lo sé?»

No se distinguía la línea verde de la costa. Sólo las cumbres de las colinas azules se destacaban en blanco como si estuvieran cubiertas de nieve. Las nubes que las coronaban parecían también altas montañas nevadas. El mar tenía un color oscuro y la luz incidía en prismas en el agua. Las innumerables manchas del plancton disolvíanse ahora en el resplandor del sol ya muy alto, y el viejo no veía más que las irisaciones profundas en el agua purpúrea que tenía una milla de profundidad y sus sedales que descendían verticalmente en el mar.

Los bonitos habían vuelto a alejarse profundamente de la superficie. Los pescadores llamaban bonitos a todos los peces de esa especie. Solamente les daban su verdadero nombre cuando los vendían o cambiaban por carnadas. Picaba el sol y el viejo lo sentía en la nuca. El sudor corría por su espalda, mientras remaba.

«Podría dejarme ir a la deriva —pensó— y tender la raspa. Me bastaría atarme un cordel al dedo gordo del pie para despertar si pican. Pero hoy hace ochenta y cinco días. No es cosa de perder el tiempo».

En ese instante vio que una de las varitas verdes se sumergía bruscamente.

—¡Ya está! ¡Ya está! —dijo, y montó los remos sin golpear el bote.

Se inclinó sobre el sedal y lo cogió delicadamente entre el pulgar y el índice de su mano derecha. No sintió ningún peso, ninguna tensión y lo sostuvo ligeramente. Luego lo sintió otra vez. Ahora tiraba algo, pero no muy fuerte. Sin embargo, el viejo

supo exactamente lo que era. A cien brazas más abajo un pez espada se estaba comiendo las sardinas que cubrían la punta y el cabo del anzuelo en el punto en que éste, forjado a mano, sobresalía de la cabeza del pequeño bonito.

El viejo, sosteniendo delicada y ligeramente el sedal, soltó con la mano izquierda el nudo que lo sujetaba a la varita verde. Ahora podría dejarlo que se deslizara entre sus dedos sin que el pez sintiera resistencia alguna.

«En este mes y a esta distancia de la costa, debe ser condenadamente grande —pensó—. Vamos, come, pez. Para ti la he puesto al fresco a seiscientos pies en el agua fría y a oscuras. Vamos, date otra vuelta por la oscuridad y ven a tragarte mis sardinas».

Sintió una leve sacudida, luego otra más fuerte: sin duda una de las cabezas de sardina había sido más difícil de arrancar del anzuelo. Después, nada.

—¡Vamos de una vez! —dijo el viejo en voz alta—. Date otra vueltecita, muchacho. Otra vuelta y vuelve. ¿Verdad que están buenas? Come todas las sardinas que puedas. Luego tendrás bonito. Duro, frío y sabroso. Vamos, sin miedo. ¡Come!

Esperó, con el sedal entre el pulgar y el índice, vigilando no sólo aquel sedal sino también los otros, pues el pez podía cambiar de sitio. De nuevo se dejó sentir la misma sacudida.

—Picará —dijo el viejo en voz alta—. ¡Dios mío, haz que pique!

Pero el pez no picó. Se fue y el viejo no sintió nada más.

—No es posible —dijo—. Dios no puede haber permitido que se fuera. Dará una vuelta y volverá. Es posible que ya conozca los anzuelos y se haya acordado.

De nuevo la ligera sacudida.

—Ha ido a dar una vuelta —dijo el viejo, feliz—. Picará.

Los suaves tirones lo hacían dichoso, y luego, de pronto, tuvo la impresión de algo duro, increíblemente pesado. Era el peso del pez. Dejó que el sedal se deslizara abajo, abajo, abajo, desenrollando uno de los dos rollos de reserva. El hilo descendía. Aunque se deslizaba levemente entre los dedos del viejo, aunque la presión del pulgar y el índice fuera apenas sensible, podía sentir, al otro extremo del hilo, el enorme peso.

—¡Éste sí que es un pez grande! —dijo—. Lo lleva atravesado en la boca y se larga con él.

«Volverá. Se lo va a tragar», pensaba.

No dijo esto porque sabía que cuando se dice uno algo bueno se corre el peligro de que no suceda. Sabía que era un pez inmenso. Lo imaginaba nadando en las tinieblas, con el bonito atravesado en la garganta. De pronto, el pez dejó de moverse, pero persistió el peso. El peso se hizo aún mayor y el viejo soltó más sedal. Durante un momento apretó un poco más el sedal entre el pulgar y el índice y el peso fue en aumento. El sedal se hundía verticalmente.

— Lo ha pillado —dijo—. Ahora que se lo trague. Que se lo trague a gusto.

Dejó que el sedal se deslizara entre los dedos. Con la mano izquierda el viejo cogió los dos extremos de los sedales de repuesto y los anudó en el lazo preparado a este efecto en otro sedal. Disponía ahora de tres rollos de sedal de cuarenta brazas cada uno, además del que estaba usando.

—Vamos, come un poquito más —dijo—. Come.

«Cómetelo todo hasta que la punta del anzuelo se te meta en el corazón y te mate —pensó—. Sube sin hacer remilgos y deja que te clave el arpón. Vamos. ¿Estás ya a punto? ¿Llevas suficiente tiempo a la mesa?»

—¡Ahora! —exclamó, tirando fuertemente con ambas manos.

Ganó un metro de sedal. Volvió a tirar, una y otra vez, balanceando alternativamente cada brazo, girando sobre sí mismo y ayudándose con todo el cuerpo.

A pesar de todo, no sucedió nada. El pez se alejaba lentamente y el viejo no pudo izarlo ni un centímetro. Su sedal era sólido; era cordel catalán y nuevo, de aquel año, hecho para grandes peces. Sujeto contra su espalda, estaba tan tirante que soltaba gotas de agua. La cuerda emitía en el agua una especie de silbido sordo. El viejo halaba sin descanso, apoyándose contra el banco e inclinándose hacia atrás para resistir mejor. La barca comenzó a moverse lentamente hacia el Noroeste.

El pez continuaba tirando. Viajaban ahora despacio por el agua tranquila. Los otros cebos continuaban en sus puestos, pero no había nada que hacer.

—Ojalá estuviera aquí el chico —dijo el viejo en voz alta—. Ahora voy a remolque de un pez y soy la bita de trinca. Podría amarrar el sedal, pero a lo mejor se lo carga. Lo aguantaré todo lo posible y le daré todo el cordel que necesite. A Dios gracias va hacia adelante y no hacia abajo.

«¿Qué haré si se le mete en la mollera bajar? Eso me pregunto. ¿Y si se va abajo, abajo y revienta? No sé nada. Lo único que sé es que haré algo. Y puedo hacer muchas cosas».

Sujetó el sedal con el hombro y observó la inclinación que formaba con el agua. Mientras tanto la barca bogaba a buena marcha hacia el Noroeste.

«Esto lo matará —pensó el viejo—. Tarde o temprano tendrá que parar».

Pero cuatro horas después el pez continuaba nadando, mar adentro, llevando el bote a remolque, y al viejo encorvado, apoyándose con todas sus fuerzas y con el sedal a través de la espalda.

—Lo enganché a las doce —dijo—. Y todavía no sé qué pinta tiene.

Cuando enganchó el pez, se echó hacia atrás el sombrero de paja y ahora el borde le segaba la frente. Tenía sed. Consiguió arrodillarse sin sacudir el sedal y se deslizó lo más cerca de proa que pudo. Cogió con una mano la botella de agua, la destapó y bebió un poco. Luego se recostó. El mástil horizontal con la vela enrollada le sirvió de punto de asiento. Se esforzó en no pensar en nada y resistir pacientemente.

Miró tras él. Ya no se veía la tierra.

«No es esto lo que me importa —pensó—. Para volver podré contar siempre con las luces de La Habana. Todavía dispongo de dos horas hasta que se ponga el sol. Tal vez suba antes. Si no sube en seguida, lo hará con la luna. Si no sube con la luna, subirá mañana por la mañana. No tengo calambres y soy fuerte. Es él quien tiene el anzuelo en la boca, no yo. Pero, diantre, tiene que ser un pez de los grandes para tirar de este modo. Debe llevar la boca fuertemente cerrada contra el hierro. Me gustaría verlo. Aunque sólo fuera una vez, me gustaría verlo para saber con quién tengo que habérmelas».

Llegó la noche y el pez no cambió ni su marcha ni su dirección, al menos según pudo comprobar el viejo a juzgar por la posición de las estrellas. Cuando se puso el sol, el aire comenzó a refrescar; el sudor se helaba en la espalda, los brazos y las piernas del viejo. Durante el día había cogido el saco que cubría la caja de las carnadas y puesto a secar al sol. Cuando el sol se puso, se lo enrolló al cuello, de modo que cayera por sus espaldas. Luego, con mucho cuidado, lo deslizó bajo el sedal que le segaba los hombros. Esto le proporcionó una especie de almohadilla, y había conseguido inclinarse sobre proa con una postura que casi le resultaba cómoda. En realidad, era un poco menos dolorosa. Pero, por comparación, más tolerable.

«Mientras siga así —pensaba—, no podré hacer nada por él, y tampoco él podrá hacer nada por mí».

Se puso de pie y orinó por encima de la borda. Aprovechó el momento para mirar las estrellas y verificar el rumbo. Desde sus hombros hasta el agua el sedal era como un trazo fosforescente. Ahora la marcha se había aminorado un poco y se esfumaba el halo luminoso de La Habana, lo que indicó al viejo que la corriente debía llevarlos hacia el Este.

«Si dejo de ver las luces de La Habana, significará que vamos más hacia el Este —pensó—. Porque si el rumbo del pez se mantuviera invariable vería las luces durante muchas horas más. Me pregunto quién habrá ganado hoy en los partidos de *baseball*. Sería bueno poder pescar así, teniendo una radio. —Luego se dijo—: Piensa en esto. Piensa en lo que estás haciendo. No es momento de hacer el idiota».

—Quisiera que el chico estuviese conmigo —dijo luego en voz alta—. Me ayudaría y, además, vería esto.

«Nunca debe uno quedarse solo cuando se es viejo —pensó—. Pero es inevitable. Sobre todo, que no se me olvide comerme el bonito antes de que se estropee. Esto me dará fuerzas. Recuerda que, aunque no tengas hambre, debes comer mañana por la mañana. Acuérdate», se repitió.

Por la noche acudieron delfines en torno al bote. Oía sus saltos y sus resoplidos. Podía oír los bufidos del macho y los suspiros de la hembra.

—Buenos chicos —dijo—. Juegan, bromean y se hacen el amor. Son nuestros hermanos, como los peces voladores.

Entonces le dio pena el enorme pez que había pescado.



«Es un pez magnífico, no como los otros —pensó—. ¿Qué edad puede tener? Jamás lo había pescado tan grande ni que se comporte de modo tan extraño. Puede que sea demasiado astuto para saltar. Si salta y se lanza a toda velocidad, puede costarme el pellejo. Pero es posible que haya sido enganchado varias veces y sepa que ésta es la manera de pelear. Sin embargo, no puede saber que sólo hay un hombre contra él y que es viejo. Pero ¡qué pez más grande! Si su carne es buena, me lo pagarán bien en el mercado. Mordió el anzuelo como un macho y tira de él como un macho. Se defiende y no se asusta. Me pregunto si tiene alguna idea en la sesera, o hace lo que sea, como yo».

Recordó una vez en que, de una pareja de agujas, había enganchado a la hembra. Los machos dejan siempre que las hembras coman primero. Cuando la hembra se sintió enganchada se debatió de una manera tan loca, tan asustada y desesperada que no tardó en agotarse. Mientras duró la lucha, el macho permaneció a su lado, cruzando el sedal y girando con ella en la superficie. Nadaba tan cerca que el viejo temió que cortara el sedal con la cola. La cola de estos peces es afilada como una guadaña y casi de la misma forma y tamaño. El viejo la enganchó con el bichero, la golpeó, sujetando su mandíbula en forma de espada y áspera como papel de lija y le golpeó en la cabeza hasta que su color se volvió como la parte de atrás de los espejos. Luego, ayudado por el chico, la izó a bordo y el macho se quedó junto al bote. Después, mientras el viejo levantaba los sedales y preparaba el arpón, el macho dio un prodigioso salto fuera del agua y junto a la barca, para ver dónde estaba la hembra. Luego, mostrando sus largas franjas malva, desplegadas sus aletas de color lila, las aletas pectorales, se sumergió en el mar. ¡Qué bello era y qué fiel se había mostrado! El viejo no olvidaría esto jamás.

«Es la historia más triste que conozco de las agujas —pensó el viejo—. También le entristeció al chico. Estábamos avergonzados. Por esto nos apresuramos a abrirle el vientre».

—Quisiera que el chico estuviese aquí —dijo en voz alta.

Se apoyó contra las redondeadas tablas de la proa. El sedal estaba tenso contra su hombro. Sentía la fuerza del enorme pez que lo arrastraba incansablemente. Dios sabía hacia dónde, cuál era el lugar que había elegido.

«Lo he pillado a traición —pensó el viejo—. Mis trampas le hacen tomar una decisión.

»Habrá decidido permanecer en las aguas profundas, en la oscuridad, lejos de los anzuelos y los traidores. ¿Acaso mi decisión no fue ir a buscarlo allí, al fondo, más lejos que todos los demás? Más lejos que todos los peces del mundo. Ahora él y yo somos una misma cosa. Desde el mediodía estamos unidos. Nadie puede ayudarnos, ni a él ni a mí.

»Tal vez hubiera sido mejor no haberme hecho pescador —pensó—. No podía ser otra cosa. Sobre todo que no se me olvide comer la albacora cuando amanezca».

Al alba mordió un pez uno de los anzuelos que tenía tras él. La varita verde se rompió y el sedal comenzó a deslizarse sobre la madera de la regala. En la oscuridad, el viejo sacó el cuchillo de la vaina y apoyando todo el peso del pez sobre el hombro izquierdo, se inclinó. Cortó el sedal en peligro sobre la regala. Cortó también el otro sedal que estaba más cerca, y, siempre en la oscuridad, ató los extremos libres de los rollos de repuesto. Trabajaba hábilmente con una sola mano, y, mientras apretaba los nudos, sujetaba los rollos con el pie. Ahora podía disponer de seis rollos de reserva, cuatro de los dos sedales que había cortado y dos del anzuelo que había cogido el pez, y todos estaban enlazados.

«En cuanto sea de día —pensó—, intentaré ir hasta el sedal de cuarenta brazas y lo cortaré también, y lo ataré a los rollos de reserva. De todos modos, habré perdido doscientas brazas de buen cordel catalán, sin contar los anzuelos y los alambres. Esto puede sustituirse. Pero ¿qué sustituiría a mi gran pez, si, al enganchar a otro cualquiera, se estropea la cosa? Me pregunto qué pez podría ser el que ha picado ahora el anzuelo. Tal vez una aguja, un pez espada o un tiburón. Apenas tuvo tiempo de tirar. Me vi obligado a soltarlo en seguida».

—Me gustaría que el chico estuviera aquí —dijo en voz alta—. «Pero el chico no está —pensó—. No tienes más que tu triste pellejo y harás bien en llegarte al último sedal y, aunque sea de noche, cortarlo y atarlo a los dos rollos de reserva».

Y lo hizo. No era fácil en la oscuridad. Mientras trabajaba en ello, el pez dio un tirón que lanzó al viejo de bruces y le hizo una herida en la mejilla bajo el ojo. Un hilo de sangre descendió del pómulo, pero se secó antes de llegar a la barbilla. El viejo volvió a proa y se apoyó contra la borda. Arregló el saco lo mejor que pudo y, con mucho cuidado, cambió de sitio el sedal de modo que se apoyara en otra parte de su espalda. Haciendo los hombros las veces de cabrestante, tanteó con exactitud la fuerza de tracción del pez, y metió la mano en el agua para tener una idea de la velocidad del bote.

«Me pregunto por qué ha dado ese tirón —pensó—. El alambre debe de haber resbalado sobre su grueso lomo. Y, sin embargo, no le debe doler tanto como a mí el mío. Pero por grande que sea no puede estar tirando de la barca toda la vida. Ahora estoy libre de todo lo que podría molestarme. Tengo una buena cantidad de sedal de reserva. ¿Qué más puedo pedir?»

—Pez —dijo dulcemente en voz alta—, estaré contigo hasta que me muera.

«Me imagino que también él estará conmigo», pensó.

Era ya el alba. Hacía frío. El viejo se acurrucó contra la madera para tener un poco de calor.

«Así aguantaré tanto como él», pensó.

Con la amanecida vio que el sedal se alargaba oblicuamente hacia el fondo del mar. El bote continuaba bogando, y el primer rayo de sol se posó en el hombro izquierdo del viejo.

—Se dirige al Norte —dijo el viejo.

«La corriente nos habrá desviado muy lejos hacia el Este —pensó—. Ojalá vire con la corriente. Esto querría decir que empieza a cansarse».

El sol ascendió en el cielo y el viejo advirtió que el pez no daba señales de fatiga. Sólo había una señal favorable: la inclinación del sedal indicaba que el pez nadaba a menos profundidad. Esto no quería decir ni mucho menos que saliera a la superficie. Pero podía hacerlo.

—Dios mío, hazlo subir —dijo el viejo—. Tengo suficiente sedal para componérmelas.

«¿Y si tirase un poquito más? —pensó—. A lo mejor le duele y salta. Dios mío, ahora que es de día, haz que salga. Así llenaría de aire los sacos que tiene bajo el espinazo y no irá a morir al fondo».

Intentó aumentar la tensión del sedal, pero éste, desde que el pez había picado, estaba más que tenso. Cuando se inclinó hacia atrás para tirar, sintió tal resistencia que comprendió que era imposible aumentarla.

«Sobre todo, nada de sacudidas —pensó—. Cada sacudida ensancha la herida del anzuelo y corro el peligro de que lo mande al diantre en el momento en que salte. De todos modos, desde que ha salido el sol la cosa va mejor. Por esta vez tengo la suerte de que no me dé de cara».

Algas amarillas se habían agarrado al sedal, pero el viejo sabía que éste era un peso más que tenía que arrastrar el pez, y se alegró. Eran esas algas amarillas del Gulf Stream que fosforecen por la noche.

—Pez —dijo—, te quiero de verdad y te respeto mucho. Pero tendré tu pellejo antes de que el día se vaya al cuerno.

«Ojalá», pensó.

Un pájaro no muy grande, procedente del Norte, se dirigió hacia la barca. Era una especie de curruca que volaba muy bajo. El viejo se dio cuenta de que la pobrecilla había perdido el resuello.

El pájaro se posó en la proa de la barca. Descansó allí un rato y luego se puso a revolear sobre la cabeza del viejo, para detenerse después sobre el sedal donde se sentía más cómoda.

—¿Qué edad tienes? —preguntó el viejo al pájaro—. Tu primera travesía, ¿eh?

Mientras le hablaba, el pájaro lo miraba. El pobre bicho estaba tan cansado que ni siquiera se tomó la molestia de examinar el lugar donde se había posado. Se balanceó agarrándose al sedal con sus delgadas patas.

—El sitio es firme —le dijo el viejo—. Incluso me parece que demasiado firme. No debieras estar tan cansado después de una noche sin gota de viento. Bueno, ¿qué? ¿Hay más pájaros?

«Sí, los gavilanes —pensó—, que van al mar a esperarlos».

Pero al pájaro no le dijo nada de los gavilanes. Tampoco, de todos modos, le hubiese comprendido. Y ya tendría tiempo de saber cómo eran los gavilanes.

—Descansa un poco, pajarito —le dijo—. Luego procura llegar a tierra. Tienes tu oportunidad. Todos la tienen: hombres, pájaros y peces.

El frío de la noche le había entumecido la espalda. Le dolía mucho y charlar lo estimulaba.

—Quédate en mi casa, si quieres, pajarito —dijo—. Me gustaría izar la vela y llevarte a tierra, con la suave brisa que se levanta. Pero así tengo un amigo.

Mientras hablaba, el pez dio un brusco tirón que lanzó al viejo contra la proa, y habría caído por la borda si no se hubiese agarrado y hubiera soltado un poco de sedal.

La sacudida hizo que el pájaro levantase el vuelo. El viejo ni siquiera lo vio partir. Palpó el sedal cuidadosamente y advirtió que su mano derecha estaba ensangrentada.

—Esto significa que algo le ha hecho daño —dijo en voz alta.

Tiró del sedal con la intención de que el pez virase. Pero cuando alcanzó la máxima tensión, no insistió y se echó hacia atrás para contrarrestar la fuerza del pez.

—Comienzas a estar hasta el gollete, pescadito —dijo—. Diantre, y yo también.

Buscó con la mirada el pájaro. Le gustaba su compañía. Pero el pájaro se había ido.

«No te quedaste mucho tiempo —pensó el viejo—. Pero te pasaste de listo porque el camino hasta la costa es duro de pelar. ¿Cómo diablos me las he arreglado para segarme la mano de esta forma? Estoy volviéndome idiota. O tal vez estaba mirando al pajarillo y pensando en él. Desde ahora no pensaré más que en mi trabajo. Luego me comeré el bonito para que no me fallen las fuerzas».

—Si estuviera aquí el chico y tuviese un poco de sal... —dijo en voz alta.

Trasladó el peso del sedal a su hombro izquierdo, se arrodilló con mil precauciones, se lavó la mano en el mar y la mantuvo allí un buen rato. Su mano dejó una pequeña estela sangrienta, y por el roce del agua contra su piel, el viejo calculó la velocidad de la barca.

—Ahora va mucho más despacio —dijo.

Le hubiese gustado que su mano se mojara más rato, pero tenía miedo de que el pez diera un nuevo tirón. Se levantó, procuró conservar el equilibrio y alzó la mano contra el sol. No era más que una desolladura causada por el sedal. Pero el corte afectaba la parte útil de la mano. El viejo sabía que antes de que todo aquello terminara tendría necesidad de las dos manos. Una mano herida, incluso antes de haber empezado, era mala cosa.

—Vamos —dijo cuando la mano se hubo secado—. Tengo que comerme esa albacora. Puedo agarrarla con el bichero y comérmela aquí tranquilamente.

Se puso de rodillas y con el bichero la atrajo hacia sí, procurando que no se enredara en los rollos de sedal. Luego hizo pasar el sedal a su hombro izquierdo, se apoyó en este brazo y, con la mano libre, desprendió el garfio del bonito y colocó el bichero en su lugar. Apoyó la rodilla sobre el pescado y comenzó a cortarlo longitudinalmente, desde la cabeza a la cola. Eran tiras de carne rojo oscura en forma

de cuña, que fue arrancando desde la proximidad del espinazo hasta el borde del vientre. Las colocó después sobre la madera de proa, se limpió el cuchillo en el pantalón, levantó por la cola el resto del bonito y lo lanzó por encima de la borda.

—No podría comerme uno entero —dijo, cortando una de las tiras.

El pez, incansable, tiraba del sedal y el viejo sintió calambres en la mano izquierda. Miró con disgusto la mano crispada sobre la cuerda.

—¡Vaya una mano! —dijo, mirándola—. Coge los calambres que te dé la gana. Conviértete en una garra, si quieres. Pero de nada va a valerte.

«Vamos —añadió, mirando al agua oscura y la inclinación del sedal—. Tienes que comerte ahora el bonito y esto te dará fuerza a la mano. La mano no tiene la culpa. Hace ya un montón de tiempo que el pez me lleva de ciringuillo. Pero que me lleve cuanto quiera. Cómete el bonito, y despábilate».

Cortó un trozo de pescado, se lo llevó a la boca y lo masticó lentamente. No era malo.

«Mástícalo bien —pensó— y no te pierdas el jugo. Claro que con un poco de limón o de sal estaría mejor».

—¿Qué, mano, cómo te va? —preguntó a la mano dolorida, casi tan tiesa como la de un muerto—. Ahora comeré un poco de bonito para ti.

Comió la otra mitad del pedazo. La masticó cuidadosamente y luego escupió la piel.

—¿Qué tal va eso, mano? ¿O es demasiado pronto para saberlo?

Cogió otro pedazo.

«El bonito es un pescado fuerte y que tiene sangre —pensó—. Tuve suerte de pillar uno en lugar de un dorado. El dorado es demasiado dulce. Éste no tiene nada de dulce. Está muy bien, diríase que ha conservado toda su fuerza.

»Sin embargo, lo importante es que coma —pensó—. De todos modos, si tuviera un poco de sal... No sé si el sol secará o pudrirá los trozos que me quedan. No tengo hambre, pero tal vez sea mejor que me lo coma todo. El pez, ahí delante, no dice nada por ahora. Me lo comeré todo. Así estaré preparado».

—¡Ánimo, mano! —dijo—. Estoy comiendo por ti.

«Me gustaría dar de comer al pez —pensó—. Es mi hermano. Pero tendré que matarlo y he de conservar mis fuerzas para esto».

Lenta y deliberadamente se comió todas las tiras en forma de cuña.

Se incorporó y se secó las manos en el pantalón.

—Ahora —dijo—, ya puedes soltar la cuerda, mano. Emplearé la mano derecha para componérmelas con esa bestia, hasta que hayas dejado de hacer el idiota.

Puso el pie izquierdo sobre el pesado sedal que había sostenido la mano siniestra y echó hacia atrás todo el cuerpo para aliviar el peso que le segaba la espalda.

—Dios quiera que el calambre se vaya al cuerno de una vez —dijo—. Porque no sé qué diantre se le ocurrirá hacer al pez.

«Por ahora parece tranquilo —pensó—, y sigue su plan. Pero ¿qué plan será ése? Y el mío, ¿cuál es? Tendré que inventar algo de acuerdo con el plan que él tenga, porque siendo tan condenadamente grande, es él quien manda. Si se decide a saltar, tendré la posibilidad de cargármelo. Pero no le da la gana de salir del fondo. No tendré más narices que seguir con él en el fondo».

Se frotó contra el pantalón la mano crispada e intentó mover los dedos. Pero la mano continuaba cerrada.

«Tal vez se abra con el sol —pensó—. Puede que se abra cuando haya digerido el bonito crudo. Bueno, si la necesito, la abriré. Pero por ahora no quiero abrirla a la fuerza. Se abrirá sola. Funcionará cuando le dé la gana. De todos modos, pasó lo suyo anoche cuando tuve que soltar y ligar todos los sedales».

Miró el mar y se dio cuenta entonces de la soledad en que se encontraba. Pero continuaba viendo los prismas en las profundidades tenebrosas, el sedal estirado a proa, y extrañas ondulaciones recorrían el agua tranquila. Las nubes eran llevadas al encuentro de la brisa. A proa se proyectó contra el cielo y sobre el agua una bandada de patos salvajes. Desapareció y apareció de nuevo, y el viejo supo entonces que nadie estaba nunca completamente solo en el mar.

Recordó la angustia que asalta a veces a ciertos pescadores en su bote, ante la idea de perder la tierra de vista. Tenían razón porque hay estaciones en las que el mal tiempo cae de repente sobre uno. Pero ese tiempo había pasado ya. Era la estación de los ciclones y cuando en esta estación no hay ciclones hace el mejor tiempo del año.

Los ciclones se ven llegar desde lejos. Si se está en la mar, uno puede ver las señales en el cielo días antes.

«La gente de tierra no sabe nada del cielo —pensó el viejo—. Lo miran como si nada. Además, las nubes no tienen la misma forma vistas desde tierra firme. En todo caso, por el momento, no hay rastro de ciclón».

Miró al cielo. Formábanse blancos cúmulos como sabrosos y gigantescos pasteles de nata. Más arriba las tenues plumas de los cirros acariciaban el cielo de septiembre.

—Brisa *ligera* —dijo—. Amigo pez, este tiempo es mejor para ti que para mí.

Su mano izquierda continuaba agarrotada, pero poco a poco iba recobrándose.

«¡Malditos calambres! —pensó—. Es una jugada de este viejo cuerpo. Naturalmente, cuando se pilla una indigestión, es molesto tener diarrea o vomitar ante los compañeros... —Para él un calambre era una especie de calambre de estómago—. Pero todavía es más humillante cuando no lo ven a uno».

«Si el chico estuviera aquí, podría fricciónarme la mano y doblarme la muñeca —pensó—. Bueno, ya se arreglará».

Luego, antes de ver incluso que cambiaba la inclinación del sedal, sintió algo nuevo en la tensión de la cuerda. Sosteniendo con todas sus fuerzas el hilo, el viejo se golpeó fuertemente el muslo con la mano izquierda y vio que el sedal ascendía lentamente.

—Ya sube —dijo—. ¡Vamos, mano, vamos, despabílate!

Lenta, regularmente, el sedal ascendía. El mar se levantó a proa y apareció el pez. No acababa de salir. El agua resbalaba por sus costados. Brilló el pez a la luz. Su cabeza y su lomo eran de un color violeta oscuro y el sol iluminaba sus anchas y purpúreas franjas. Tenía un hocico muy largo, tan largo como un palo de *baseball*, puntiagudo como una espada. El pez emergió del todo. Luego, con la facilidad de un excelente nadador, se sumergió de nuevo. El viejo tuvo tiempo de ver la enorme cola en forma de hoz que se hundía, mientras el sedal volvía a deslizarse velozmente.

—Es dos pies más largo que la barca —dijo el viejo.

El sedal seguía deslizándose rápida y gradualmente. El pez no tenía miedo. Con ambas manos el viejo se esforzaba en mantener el sedal a la máxima tensión sin que se rompiera. Había que tener sujeto el pez para obligarlo a que se demorara. Al menor desfallecimiento corría el peligro de que se llevara todo el sedal y lo rompiera.

«Es un gran pez. Es todo un señor pez —pensó—. Tengo que convencerlo. No debo permitirle que tenga idea de su fuerza, ni de lo que podría hacer si se pusiera a correr como un loco. Si yo estuviera en su lugar, saldría pitando y tiraría hasta que algo se rompiera. Pero, a Dios gracias, estos animalitos no son tan inteligentes como los humanos que los matan. Lo que no impide que sean, en cierto sentido, mejores y más hábiles».

El viejo había visto muchos peces espada en su vida. Algunos habían pesado más de mil libras. Incluso llegó a coger dos de aquel tamaño, pero nunca solo. Ahora, solo y habiendo perdido de vista la tierra, había enganchado al pez más grande que vio jamás. Nunca oyó hablar de un pez como ése. ¡Y su mano izquierda continuaba tesa como las garras de un ave de presa!

«Tengamos paciencia, ya se abrirá —pensó—. Seguramente se le pasará esto para que pueda ayudar a mi mano derecha. Hay tres cosas que deben ir juntas; el pez y mis dos manos. Este calambre tiene que pasar. No está bien que una mano tenga un calambre como éste».

El pez había aminorado de nuevo su velocidad y continuaba con su velocidad de un principio.

«Me pregunto por qué ha salido a la superficie —pensó el viejo—. Diríase que salió sólo para mostrarme lo grande que era. Bueno. Ahora ya sé que es grande. Me gustaría demostrarle qué clase de tipo soy yo. De todos modos, es mejor que no me vea la mano agarrotada. Conviene que crea que soy más fuerte de lo que parezco. Ésta es la forma de serlo de veras. Me gustaría ser el pez —pensó—. Él tiene todas las ventajas, y yo sólo la voluntad y el cerebro».

Se acomodó lo mejor que pudo contra la madera y aceptó resignadamente su sufrimiento. El pez seguía nadando y el bote se movía lentamente sobre las oscuras aguas. Un leve oleaje se levantaba con el viento del Este. Al mediodía se abrió la mano izquierda del viejo.

—Mala cosa para ti, pez —dijo, moviendo el sedal sobre los sacos que protegían su hombro.

Estaba instalado cómodamente, pero sufría y se negaba a admitirlo.

—No estoy muy bien con la religión —dijo—, pero rezaría diez padrenuestros y diez avemarías por pescar este pez. Si lo pesco iré en peregrinación a la Virgen del Cobre. Lo prometo.

Mecánicamente comenzó a decir sus oraciones. A veces el cansancio llegaba hasta su memoria, pero recitaba las oraciones a toda prisa para que le salieran automáticamente.

«Las avemarías son más fáciles que los padrenuestros», pensó.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Luego añadió:

—Virgen bendita, ruega por la muerte de este pez, aunque sea un pez maravilloso.

Dichas sus oraciones, se sintió mejor. Pero sus sufrimientos continuaban lo mismo, tal vez un poco más. Se apoyó contra la borda y movió maquinalmente los dedos de su mano izquierda.

A pesar de la agradable brisa, el sol calentaba mucho ahora.

—Será mejor que vuelva a poner cebo al sedal de popa —dijo—. Si al pez le da por pasearse toda la noche, tendré que comer. Además, queda poca agua en la botella. Me sorprendería que por aquí cogiera algo que no fuese un dorado. Pero bien fresco no puede ser malo. ¡Si a un pez volador se le ocurriera caer a mis pies esta noche! Pero no tengo luz para atraerlo. El pez volador es muy bueno para comer crudo. Ni siquiera tendría que limpiarlo. Ahora tengo que escatimar mis fuerzas.

—¡Jesús! No sabía que fuera tan grande. Pero esto no impedirá que lo mate —dijo—, por magnífico y formidable que sea.

«De todos modos, no es justo —pensó—. Pero le demostraré todo lo que puede hacer un hombre y lo que es capaz de aguantar».

—Ya le dije al chico que yo era un tipo raro —dijo—. Ahora es el momento de demostrarlo.

Nada significaba para él el millar de veces que lo había demostrado. Tenía que probarlo una vez más. Cada aventura era una nueva ocasión, y, cuando la vivía, el viejo no pensaba en el pasado.

«Me gustaría que se durmiera —pensó el viejo—. Yo también podría dormir y soñar en los leones. ¿Por qué me acuerdo de los leones más que de otra cosa? No te hagas preguntas, amigo mío —dijo para sí—. Reposa dulcemente contra la borda y no pienses en nada. El pez trabaja. Trabaja tú lo menos que puedas».

Había avanzado ya la tarde y la barca continuaba bogando tranquila y regularmente. Ahora la brisa del Este sumaba su impulso al movimiento del bote. El viejo navegaba suavemente llevado por el oleaje, y el escozor del sedal sobre su espalda seguía el ritmo de esta larga y blanda ondulación.



Durante la tarde el sedal se elevó una vez más, pero sin resultado: el pez nadaba sencillamente a menor profundidad. El sol daba ahora en el hombro y brazo izquierdos y en la espalda del viejo. Dedujo que el pez espada había virado hacia el Nordeste.

Ahora que ya lo había visto, lo imaginaba nadando bajo el agua con sus purpúreas aletas pectorales desplegadas ampliamente como alas y la gran cola erecta cortando las tinieblas.

«Me pregunto qué diablos podrá ver a esas profundidades —pensó el viejo—. La verdad es que sus ojos son enormes y que un caballo, con ojos más pequeños, ve perfectamente en la oscuridad. También yo, en otros tiempos, veía bien en la oscuridad. No en la negrura negrura. Pero casi como los gatos».

La acción del sol y el ejercicio que no había dejado de dar a sus dedos había distendido del todo su mano izquierda. Esto le permitía confiar a esta mano algo más de trabajo. Movía los músculos de su espalda para repartir un poco el apoyo doloroso de la cuerda.

—Si no estás cansado, pez —dijo en voz alta—, debes de ser un bicho bastante raro.

Él mismo comenzaba a sentirse agotado. Sabía que no tardaría en hacerse de noche e intentaba pensar en otra cosa. Pensaba en los grandes torneos de *baseball* que llamaba las *Grandes Ligas*. Pensaba en el partido que jugaban los «Yankees» de Nueva York y los «Tigres» de Detroit.

«Éste es ya el segundo día —pensó— en que no me entero de los resultados de los *juegos*. Pero hay que tener confianza. Debo estar a la altura del gran Di Maggio que todo lo hace bien, a pesar del dolor de su talón en la *espuela de hueso*. ¿Qué será eso de la espuela de hueso? —se preguntó—. Nosotros, los pescadores, no tenemos esas cosas. ¿Será tan dolorosa como el espolón de un gallo de pelea, que le sale a uno en el talón? Creo que yo no podría soportar eso. Si me sacaran un ojo o los dos ojos, no podría seguir peleando como los gallos de pelea. El hombre no es gran cosa al lado de las grandes aves y de los animales. Con todo, preferiría ser ese bicho que está tirando ahí abajo, en el fondo del agua negra».

—Salvo si vienen tiburones —añadió en voz alta—. Si vienen los tiburones, Dios tenga piedad de él y de mí.

«¿Crees que el gran Di Maggio estaría agarrado a un pez tanto tiempo como llevo yo? —pensó—. Pues claro que sí. Más tiempo y todo, puesto que es joven y fuerte. No olvidemos que su padre era pescador. Pero ¿y su talón? ¿Le dolería demasiado la espuela de hueso?»

—No sé —dijo en voz alta—. Nunca tuve una espuela de hueso.

Cuando se puso el sol, el viejo, para darse ánimos, recordó el día en que en una taberna de Casablanca había pulseado con un negro de Cienfuegos, que era el hombre más fuerte de los muelles. Habían estado un día y una noche con los codos apoyados en una raya hecha con tiza en la mesa, los antebrazos erguidos y las manos agarradas.

Cada uno intentaba bajar la mano del otro hasta la mesa. Todo el mundo hizo apuestas. La gente entraba y salía constantemente a la luz de las lámparas de petróleo, y él miraba tan pronto el brazo y la mano del negro como su cara. Al cabo de ocho horas, decidieron relevar los árbitros cada cuatro horas para que éstos pudieran dormir. La sangre brotaba bajo las uñas de los dedos del viejo, y también bajo las uñas del negro. Se miraban al blanco de los ojos, y los apostadores no cesaban de entrar y salir y sentábanse en altos taburetes colocados a lo largo de la pared, desde los cuales contemplaban a los dos hombres. Las paredes de madera estaban pintadas de un color azul muy vivo y las lámparas proyectaban sobre ellas las sombras de los contendientes. La sombra del negro era enorme y se movía cuando la brisa hacía balancear las lámparas.

Las posibilidades se igualaron durante toda la noche. ¿Quién vencería de los dos? Al negro le daban a beber ron y le ponían en la boca cigarrillos encendidos. Luego, después de cada trago de ron, el negro hacía un tremendo esfuerzo. Una vez consiguió tener al viejo, que entonces no era viejo, sino Santiago *El Campeón*, casi a tres pulgadas fuera de la vertical. Pero el viejo había logrado levantar la mano otra vez y colocarla en la vertical. Entonces tuvo la seguridad de que batiría al negro, que, sin embargo, era un mocetón y un gran deportista. Al amanecer, cuando los apostadores insistían para que se declarase nula la competición, y el árbitro, vacilante, inclinaba ya la cabeza, el viejo hizo acopio de todas sus fuerzas. Más y más abajo cada vez, obligó a la mano del negro a descender hacia la mesa hasta que tocó la madera. El juego había comenzado el domingo por la mañana y se terminó en la mañana del lunes. La mayor parte de los apostadores habían pedido el empate porque tenían que irse a los muelles a cargar sacos de azúcar o a la Havana Coal Company. De no haber sido por esto, les hubiera gustado ver el final de la prueba. Fuera como fuese, él había ganado antes de que la gente tuviera que irse a trabajar.

Desde entonces la gente lo llamaba todavía El Campeón.

En la primavera se celebró el desquite. Sin embargo, hubo pocas apuestas. El viejo no tuvo que esforzarse mucho para ganar. Su primer triunfo había acabado con la moral del negro de Cienfuegos. Después disputó otras pruebas y más tarde dejó de hacerlo. Consideró que podía vencer a cualquiera, por poco que realmente lo deseara, pero pensó que, a la larga, esta clase de juego podía perjudicar su mano derecha para pescar. Había intentado adiestrar su mano izquierda, pero ésta se comportaba siempre como una traidora y no quería ejecutar sus órdenes. No podía fiarse de la mano izquierda.

«El sol la tostará bien ahora —pensó—. No debe volver a pillar ningún calambre, a menos que haga frío durante la noche. Me pregunto qué pasará esta noche».

Un avión cruzó el cielo en dirección a Miami. Su sombra sembró el pánico entre los bancos de peces voladores.

—Con tantos peces voladores tiene que haber dorados —dijo, y se echó hacia atrás para ver si era posible ganarle alguna ventaja al pez.

Pero no fue así. Dejó de hacerlo cuando la tensión y las vibraciones le advirtieron que el sedal estaba a punto de romperse. La barca avanzaba lentamente, y siguió con los ojos al avión hasta que se perdió de vista.

«Debe producir una sensación extraña ir en avión —pensó—. ¿Qué parecerá el mar visto desde esa altura? Si no se volara tan alto podrían verse los peces. Lo que me gustaría sería volar muy despacio a doscientas brazas de altura y mirar al pez desde arriba. En los barcos que iban a buscar tortugas me encaramaba a las crucetas y, aún a esa altura, los veía muy bien. Los dorados parecían más verdes desde arriba, y se podían ver sus rayas y manchas violadas. También se podía ver el banco entero nadando. ¿Por qué todos los peces voladores, en las corrientes oscuras, tienen el lomo de color violeta y casi siempre franjas o manchas? Si el dorado parece verde es porque es realmente dorado. Pero cuando buscan su comida tienen en los costados rayas violetas como las agujas. ¿Por qué les salen estas rayas? ¿Por la cólera o la velocidad?». ».

Poco antes del anochecer, cuando pasaban ante un gran islote de sargazos que se elevaba y descendía y mecíase, como si el mar estuviera haciendo el amor bajo una manta amarilla, un dorado mordió el pequeño anzuelo de popa. El viejo lo vio cuando saltó, oro verdadero a los postreros rayos del sol, retorciéndose y dando furiosos coletazos.

Surgió una y otra vez porque el exceso de miedo multiplicaba sus acrobacias. El viejo, agachándose, volvió como pudo a la popa. Con la mano derecha sujetaba el sedal grande y con la izquierda tiró del dorado. Cada vez que ganaba un trozo de sedal le colocaba encima el pie izquierdo desnudo, y cuando el pez llegó a popa, dando saltos y zambullidas, el viejo se inclinó y levantó por encima de la popa el pez de oro bruñido y manchas violáceas.

El pescado abrió y cerraba la boca convulsivamente sobre el anzuelo. Su largo cuerpo plano, su cola y su cabeza batieron el fondo del bote, hasta que el viejo le dio un golpe en la brillante cabeza dorada. Entonces se estremeció y quedó inerte.

El viejo soltó el anzuelo, puso en éste una nueva sardina y lanzó el sedal. Luego volvió lentamente hacia proa, se lavó la mano izquierda y se la secó en el pantalón. Después pasó el sedal grande a su mano izquierda y se lavó la derecha en el mar. Fijó la mirada en el sol que se hundía en el océano y luego en la inclinación del sedal grande.

—No ha cambiado —dijo.

Pero por el movimiento del agua contra su mano, comprobó que era sensiblemente más lento.

—Voy a amarrar los dos remos juntos y colocarlos de través a proa. Esto retardará su velocidad durante la noche —dijo—. Así el pez y yo pasaremos la noche bien.

«Sería mejor que no limpiara el dorado en seguida para que la sangre se quedara en la carne —pensó—. Lo limpiaré un poco más tarde cuando amarre los remos para

frenar. No hay por qué fastidiar al pez ahora a la puesta del sol. Cuando el sol se pone, los peces se vuelven raros. Ya se sabe».

Secó su mano al viento, luego cogió con ella el sedal, se acomodó lo mejor posible y se dejó tirar hacia adelante apoyándose en la borda. Así la barca soportaba buena parte del peso del sedal tenso.

«Ya empiezo a saber de qué va la cosa —pensó—. Por lo menos esta parte. No hay que olvidar que no ha comido desde que picó el anzuelo, que es enorme y tiene necesidad de mucha comida. Yo me he comido un bonito entero. Mañana me comeré el dorado. Tal vez sea conveniente que coma un poco cuando lo limpie. Será más difícil de comer que el bonito. Por ahora no hay nada fácil».

—¿Cómo va eso, pez? —preguntó en voz alta—. Yo no me siento mal del todo: mi mano izquierda funciona mejor y tengo provisiones para esta noche y mañana. Sigue tirando de la barca, muchacho.

En realidad no se sentía tan bien. El sedal, sobre su espalda, le ocasionaba un dolor que casi había rebasado los límites y pasado a ser un entumecimiento inquietante.

«Las he visto peores —pensó—. Mi mano derecha no tiene más que una rozadura y de la otra ha desaparecido el calambre. No tengo nada que decir de mis piernas. Además, en cuestión de comida le llevo ventaja».

Ya era de noche. En septiembre se hace noche inmediatamente después de la puesta del sol. El viejo se apoyó contra la madera gastada de la borda y reposó cuanto pudo. Aparecieron las primeras estrellas. No conocía el nombre de Rigel, pero la veía y sabía que muy pronto todas sus amigas lejanas sembrarían el firmamento.

—El pez es también mi amigo —dijo en voz alta—. Nunca vi un pez como éste. Jamás oí hablar de un pez semejante. Pero no tengo más remedio que matarlo. Por fortuna no estamos obligados a matar las estrellas.

«Imagínate que cada día un hombre intentara matar la luna —pensó—. Bueno, la luna se escabulle. Pero supongamos que un hombre tuviera que matar cada día el sol. Hemos nacido con suerte», pensó.

Entonces le entristeció la idea de que su gran pez no tuviera nada que comer. Sin embargo, no flaqueó su decisión de matarlo.

«¿A cuánta gente podrá alimentar? —se preguntó—. Pero ¿acaso la gente se merece comerlo? Pues claro que no. No hay persona que merezca comerse a un pez tan digno y valiente como ése».

«No comprendo estas cosas —pensó—. Menos mal que no nos vemos obligados a matar el sol, la luna o las estrellas. Ya está bien que tengamos que vivir del mar y matar a nuestros hermanos los peces».

«Ahora tengo que pensar un poco en acortar la velocidad con los remos —pensó—. Esto tiene sus inconvenientes y sus ventajas. Cuando haya puesto los remos en su sitio, el bote perderá su ligereza. Si el pez hace un esfuerzo, ya me veo soltando tanto sedal que corra el peligro de perder el pez. Su ligereza prolonga el sufrimiento de

nosotros dos, pero, gracias a esto, puedo estar tranquilo. Este bicho no ha empleado toda su velocidad y puede nadar condenadamente de prisa, si quiere. De todos modos, tengo que limpiar el dorado, si no quiero que se eche a perder. Tengo que comer algo para conservarme fuerte».

«Bueno, ahora descansaré una hora. Luego veremos si el pez continúa firme en su puesto y si está tranquilo. Y a popa, a trabajar y a ver qué pasa. Sabré entonces lo que se propone y si trama algo».

«Los remos son una buena idea, pero ha llegado el momento de andar con la barba sobre el hombro. Es mucho pez todavía. He visto que lleva el anzuelo en una esquina de la boca y la mantiene cerrada. No es nada el daño que puede hacerle el anzuelo. Su verdadera desgracia es el hambre y encontrarse ante una cosa que no comprende. Descansa por el momento, amigo mío; y déjalo trabajar hasta que le llegue el turno».

Reposó hasta lo que supuso dos horas. Como la luna salía tarde no tenía medio de determinar el tiempo. Por otra parte, no descansaba realmente. Sus hombros continuaban soportando la tensión del sedal, pero puso la mano izquierda en la borda de proa y, cada vez más, fue confiando al bote el esfuerzo de resistir al pez.

«¡Qué sencillo sería si pudiera amarrar el sedal a algo! —pensó—. Pero me expongo a que lo rompa con un brusco tirón. No tengo más remedio que amortiguar con mi cuerpo la tensión del sedal y estar dispuesto a soltar hilo con las dos manos».

—Bueno, amigo mío, ¿no sabes que no has dormido todavía? —dijo en voz alta—. Ha pasado ya medio día, una noche y ahora un día entero, y no has pegado los ojos. Si continúa tirando tranquilamente como hasta ahora, no tendrás más remedio que inventar algo para echar una pequeña zorrera. A fuerza de no dormir, se te va a nublar la cabeza.

«Ahora tengo la cabeza despejada —pensó—. Hasta demasiado clara. Clara como las estrellas, que son mis hermanitas. Pero tengo que dormir. Las estrellas duermen y la luna también, y el sol. Hasta el océano duerme a veces en ciertos días cuando no hay corrientes y está en calma chicha».

«Recuerda que es necesario que duermas —pensó—. Oblígate a dormir e inventa alguna triquiñuela para que los sedales no te jueguen una mala pasada. Por el momento ve a proa a limpiar el dorado. Teniendo que dormir, no sería prudente armar los remos».

«Claro que podría componerme sin dormir —se dijo—. Pero, ciertamente, sería peligroso».

De nuevo empezó a abrirse paso hacia la popa. Andaba a gatas, atento a no sacudir el sedal del pez.

«Tal vez él esté también un poco dormido —pensó—. Pero esto no tiene que ser. Que tire. Que tire hasta que se muera».

Llegado a su destino, tomó el sedal con la mano izquierda. Con la derecha sacó el cuchillo de la vaina.

Las estrellas brillaban con toda su claridad y el viejo veía claramente el dorado. Clavó el cuchillo en su cabeza y atrajo hacia sí el pescado. Sujetándolo con el pie, lo hendió de un tajo, desde la base del vientre a la mandíbula inferior. Dejó luego el cuchillo y con la mano derecha le sacó las agallas y las huevas. Sintió la tripa pesada y resbaladiza al tacto. La abrió: había dos peces voladores. Estaban frescos y duros. Dejó uno al lado del otro y arrojó por la borda los desperdicios del dorado, que se hundieron dejando en el agua una estela fosforescente. El dorado estaba frío. Bajo las estrellas parecía ceniciento y leproso. Sosteniéndole la cabeza con el pie, el viejo le arrancó el pellejo de un costado; luego lo volvió y despellejó la otra parte. Por último lo cortó en filetes desde la cabeza a la cola.

Lanzó la espina por encima de la borda y miró por ver si se producía algún remolino. Pero no vio nada más que un lento y luminoso descenso.

Luego se volvió y puso los dos peces voladores entre los filetes del dorado, metió el cuchillo en su vaina y regresó lentamente a proa. El sedal, tenso sobre su hombro, hacía encorvar su espalda. En la mano derecha llevaba el pescado.

Colocó en la madera de proa los dos filetes de pescado y los dos peces voladores y, hecho esto, cambió de posición el sedal sobre su espalda y con la mano izquierda apoyada en la regala sujetó el hilo. Se inclinó después sobre la borda y lavó en el mar los peces voladores, observando, contra la mano, la velocidad del agua. La piel del dorado había dejado en su mano una fosforescencia, y se entretuvo viendo las pequeñas olas romper contra ella.

El mar estaba más tranquilo. Cuando frotó la palma de la mano contra el costado de la barca, se desprendieron partículas fosforescentes que flotaron lentamente hacia popa.

—O se está cansando o está descansando —dijo el viejo—. Ahora voy a ver si como este dorado y puedo reposar también echando un sueñecito.

Bajo las estrellas, en la noche que iba refrescando cada vez más, comió uno de los filetes, más uno de los peces voladores, limpio de tripas y descabezado.

—¡Qué bueno es el dorado para comerlo en un guiso —dijo—, pero crudo es infame! Nunca más saldré en barca sin sal y sin limones.

«Si no hubiese sido un imbécil —pensaba— habría regado la proa con agua del mar y a estas horas, ya seca, tendría sal».

«Hay que decir que enganché el dorado a la puesta del sol. Pero la verdad es que no se me ocurrió. Bueno, el caso es que me lo he comido y no me da vomitera».

Las nubes acumulábanse hacia el Este. Una tras otra iban ocultando todas las estrellas que conocía el viejo. Hubiérase dicho que entraba en un gran desfiladero de nubes y el viento había amainado.

—Se prepara mal tiempo para dentro de tres o cuatro días —dijo—. Pero no para esta noche ni mañana. Ahora es el momento de dormir, amigo, mientras el pez continúa su camino sin hacer el tonto.

Con la mano derecha sujetó firmemente el sedal, luego apoyó contra ella el muslo, y echó todo el peso de su cuerpo contra la madera de proa. Después hizo deslizar la cuerda sobre sus hombros y la retuvo bajo la mano izquierda.

«Tal como está apoyado —pensó—, mi mano derecha podrá soportar el golpe. Si se afloja mientras duermo, mi mano izquierda me despertará en el momento en que corra el sedal. No será cómodo para mi mano derecha, pero ya está acostumbrada. Aunque durmiera solamente veinte minutos o media hora, sería suficiente».

Se inclinó hacia adelante para resistir, con todo su cuerpo, al sedal. Luego concentró todo su peso en la mano derecha y se quedó dormido.

No soñó en leones, sino con un enorme banco de marsopas que se extendía en ocho o diez millas.

Era en la época de celo. Saltaban a alturas prodigiosas y volvían al mismo hoyo que habían abierto en el agua al saltar.

Después soñó que estaba en el pueblo. Habíase acostado en su cama. El viento del Norte le hacía tiritar y se le había dormido el brazo derecho por haber apoyado la cabeza sobre él como si fuera una almohada.

Luego soñó con la larga playa amarilla. El viejo vio el primer león. Bajaba hacia el mar en el crepúsculo, y los demás leones no tardaron en aparecer. Los contemplaba, apoyando la barbilla en la borda de proa, mientras el buque, fondeado allí, se balanceaba y la brisa vespertina soplaba desde la costa. Esperaba que vinieran más leones y se sentía feliz.

La luna había salido hacía mucho tiempo, pero él continuaba durmiendo y el pez seguía tirando de la barca con el mismo ritmo y arrastrándola por un túnel de nubes.

Lo despertó un golpe de su mano en pleno rostro. El sedal le desolló la mano derecha. La izquierda la tenía insensible, pero frenó cuanto pudo con la derecha. Por fin la izquierda encontró el sedal, cuya tensión contuvo con la espalda. Ésta y su mano izquierda sufrieron la rozadura de la cuerda. La mano izquierda soportaba toda la tracción y se estaba desollando de mala forma. El viejo volvió la vista a los rollos de sedal que se desenrollaban suavemente. En ese instante se hizo un gran desgarrón en el océano y el pez espada saltó para caer luego pesadamente. Saltó repetidas veces, lanzando el bote a gran velocidad, a pesar de que el sedal seguía soltándose y el viejo mantenía la tensión hasta el máximo, tirando y soltando, una y otra vez. El pez lo había derribado de bruces contra la madera de proa y su cara aplastaba los filetes de dorado, y no podía moverse.

«Esto es lo que queríamos, ¿verdad? —pensó—. Pues hay que aguantar el tipo».

«No creas que te regalo todo este sedal —pensó—. Ya lo pagarás».

No veía saltar al pez. Oía tan sólo el rumor del océano al abrirse y luego el pesado choque contra el agua, al caer.

El sedal, en su furiosa carrera, le desollaba las manos, pero sabía que no podía esperar otra cosa y procuraba mantener el roce sobre las callosidades, evitando que se escapara por entre los dedos o el centro de la palma de la mano.

«Si el chico estuviera aquí —pensó—, mojaría los rollos de sedal. Sí. Si el chico estuviera aquí. Si el chico estuviera aquí...».

El sedal íbase más cada vez, pero ahora podía advertirse una cierta lentitud. El viejo obligaba al pez a ganar trabajosamente cada pulgada. Por último pudo volver la cabeza y apartar la cara del filete de dorado, que se le había pegado a la mejilla. Luego se arrodilló y poco a poco consiguió ponerse de pie. Continuaba soltando sedal, pero más lentamente cada vez. Retrocedió para tantear con el pie los rollos de sedal que no veía. Todavía quedaba suficiente, y ahora el pez espada tenía que vencer el roce de todo aquel exceso de sedal con el agua.

«Bueno —pensó—. Sin contar con que ha saltado una docena de veces fuera del agua y ha llenado de aire las bolsas del lomo. Ya no podrá hundirse y morir tan hondo que no pueda sacarlo. Pronto empezará a dar vueltas, y entonces me llegara el turno de marearlo. Me pregunto qué le habrá hecho saltar. Tal vez el hambre lo haya puesto furioso, o lo asustó algo en la oscuridad. Quizá le haya dado un repullo. Sin embargo, este pez parecía tranquilo y fuerte. Hubiérase dicho que no tenía miedo de nada ni de nadie. Es raro».

—Amigo, será mejor que tampoco tú tengas cerote ni pierdas la cabeza —dijo—. Lo estás sujetando, pero no puedes recuperar sedal. Pronto tendrás que empezar a dar vueltas.

El viejo sujetaba ahora al pez con la mano izquierda y con los hombros. Se inclinó para coger agua con la mano derecha y lavarse la cara manchada por el filete de dorado. Temía que el olor le hiciera vomitar y menguaran con ello sus fuerzas. Cuando se hubo lavado la cara, se aclaró la mano derecha en el agua, por encima de la borda, y la dejó un rato en el agua salada, mientras advertía la primera claridad que precede a la salida del sol.

«Se larga al Este —pensó—. Esto significa que está cansado y se deja llevar por la corriente. Pronto tendrá que ponerse a dar vueltas. Entonces llegará el momento de arrimar el hombro».

Cuando consideró que su mano derecha llevaba suficiente tiempo en el agua, la sacó y la examinó.

—Todavía puede funcionar —dijo—. Un hombre no se deja acoquinar por esto.

Sujetó el sedal con precaución, cuidando de que no encajara en ninguna de las rozaduras recientes, y se ladeó de modo que pudiera mojar su mano izquierda en el mar, al otro costado del bote.

—No te has portado mal tontamente —dijo a su mano izquierda—, pero hubo un momento en que no supe dónde diantre estabas.

«¿Por qué habré nacido con una mano buena solamente? —pensó—. Quizás es mía la culpa por no haberla adiestrado como debía. Pero la condenada ha tenido buenas ocasiones de aprender. Después de todo, no lo ha hecho tan mal esta noche y sólo ha tenido un calambre. Si tiene otro, dejaré que el sedal le arranque el pellejo».



Le pareció que sus ideas no estaban muy claras y se dijo que debía comer un poco más de dorado.

«No puedo —pensó—. Me da asco. Es mejor tener la cabeza vacía que perder las fuerzas con una vomitona. No podría tragarla, después de haberla tenido pegada a la cara. La guardaré por si acaso, hasta que se ponga mala. De todos modos, ya es demasiado tarde. No tengo tiempo de rehacerme comiendo».

—¡Imbécil! —se dijo—. Cómete el otro pez volador.

El pez estaba allí, limpio, a punto para ser comido. El viejo lo cogió con la mano izquierda y lo masticó cuidadosamente, carne y espinas, de la cabeza a la cola.

«Es más nutritivo que otro pez cualquiera —pensó—. Por lo menos, es el tipo de pescado que necesito. Bueno, ya no puedo hacer nada más. Vamos, que empiece a dar vueltas y a pelear».

Levantábase el sol por tercera vez sobre el viejo y la barca, cuando el pez espada comenzó a girar.

Dada la inclinación del sedal, el viejo no podía ver que el pez estuviese girando. Todavía era demasiado pronto. Sintió tan sólo un ligero aflojamiento en la tensión del sedal. Entonces comenzó a tirar suavemente con la mano derecha. El sedal se tensó de nuevo como había ocurrido otras veces, pero en el momento en que la tensión hubiese podido romperlo, empezó a ceder. El viejo deslizó cuidadosamente la cuerda sobre sus hombros y su cabeza y comenzó a tirar suave y lentamente. Utilizó las dos manos, balanceándose de un lado a otro y tratando de efectuar la tracción con el cuerpo y con las piernas. Sus viejas piernas y sus hombros seguían dócilmente el balanceo que imprimía a sus brazos.

—Es un círculo condenadamente grande, pero es un círculo —dijo.

El sedal se negó a ceder. El viejo lo sostuvo hasta que empezó a soltar gotas a la luz del sol. Luego empezó a correr, y el viejo, de mala gana, lo soltó de nuevo hacia el agua oscura.

—Ahora está en el extremo de la vuelta —dijo.

«Debo aguantar todo lo que pueda —pensó—. Si lo tengo tirante, el cansancio le obligará a ir estrechando el círculo cada vez. Quizá lo vea dentro de una hora. Mientras tanto, hay que aguantar. Luego lo mataré».

Pero el pez continuaba girando sin prisa. Dos horas más tarde el viejo estaba empapado de sudor y cansado hasta la medula. Sin embargo, los círculos se acortaban sensiblemente y por la inclinación del sedal se podía apreciar que el pez se acercaba de una forma constante a la superficie.

Durante una hora el viejo había estado viendo manchas negras, el sudor se le metía en los ojos y la sal se los escocía, como le escocía también la herida que se había hecho en la frente. Las manchas negras no le preocuparon gran cosa. Era normal, dado el esfuerzo que dedicaba a la cuerda. Sin embargo, en dos ocasiones, sintió vahídos y vértigo. Esto era lo que le preocupaba.

—No puedo fallar y largarme al otro mundo después de haber enganchado un pez como éste —dijo—. Ahora que consigo traerlo tan bien, ayúdame, Dios mío. Rezaré cien padrenuestros y cien avemarías. Pero no ahora.

«Considéralos rezados —pensó—. Los rezaré luego».

Sintió entonces, de pronto, una violenta sacudida en el sedal. Lo agarró con ambas manos. Era una sensación aguda, dura y pesada.

«Está golpeando el alambre con el morro —pensó—. Tenía que suceder. No podía ser de otra forma. Esto lo hará saltar, y a mí me gustaría más que siguiera dando vueltas. Debe saltar para tomar aire. Pero cada vez que salte ensanchará la herida del anzuelo, y acabará por soltarlo».

—No saltes, pez —dijo—, no saltes.

El pez golpeó el alambre varias veces. A cada cabezazo, el viejo soltaba un poco de sedal.

«Tengo que evitar que le duela demasiado —pensó—. Mi dolor no importa. Yo puedo comprenderlo. Pero el suyo podría exasperarlo».

Momentos después el pez dejó de golpear el alambre del sedal y comenzó a girar lentamente. El viejo iba ahora recogiendo sedal. Pero de nuevo tuvo un vahído. Cogió un poco de agua de mar con la mano izquierda y se mojó la cabeza. Luego cogió más y se frotó la nuca.

—No tengo calambres —dijo—. Pronto subirá y tengo que resistir. Es preciso que resistas. Y no hablemos más.

De nuevo deslizó el sedal sobre sus hombros y se arrodilló un momento para apoyarse contra la borda.

—Ahora descansaré un instante mientras se aleja —decidió—. Cuando regrese, me levantaré y volveré a trabajar.

Era una tentación descansar en la proa y dejar que el pez trazara un círculo completo, sin tener que tirar del sedal. Pero cuando la tensión indicó que el pez había girado y volvía hacia el bote, el viejo se puso de pie y reanudó su movimiento de balanceo, y empezó a tirar para conservar todo el sedal que había ganado al pez.

«Nunca he estado tan cansado —pensó—. Y ahora se está levantando la brisa. Pero esto me ayudará a llevarlo a tierra. Necesito un poco de fresco».

—Descansaré la próxima vez, cuando dé la vuelta —dijo—. Ya me siento mejor. Dos o tres vueltas más y ya es mío.

El pez comenzó un nuevo círculo y el sedal se entesó de nuevo. El viejo, con el sombrero de paja en la nuca, se dejó caer, a causa del tirón, en la curva de proa.

«Ahora trabaja tú, pez —pensó—. Te pescaré a la vuelta».

El mar se había agitado. Pero soplaba una brisa de buen tiempo y al viejo le sería útil para volver a La Habana.

—Pondré proa al Sur y al Oeste —dijo—. Un hombre encuentra siempre el camino en el mar, y Cuba es una isla grande.

A la tercera vuelta el viejo vio por fin el pez.

Le pareció primero como una sombra negra. Tardó tanto tiempo en pasar bajo el bote que no podía creer en su longitud.

—No es posible —dijo—. No puede ser tan grande.

Pero, efectivamente, era tan grande, y cuando, al cabo de esta vuelta, salió a la superficie a treinta yardas de distancia, el viejo vio su cola emerger del agua. Era más alta que una enorme hoja de guadaña, y de un color azul rojizo muy pálido en el azul oscuro del mar. Volvió a hundirse. El pez nadaba ahora bajo la superficie. El viejo vio su gigantesca masa y las franjas purpúreas de su cuerpo. Su aleta dorsal estaba plegada y sus grandes aletas pectorales completamente desplegadas.

El viejo vio claramente el ojo del pez y las dos rémoras que nadaban a su lado. De vez en cuando se adherían a él. Luego lo dejaban de pronto. A veces nadaban apaciblemente a su sombra. Cada una tenía más de tres pies de largo y, al nadar, movían rápidamente su cuerpo como anguilas.

El viejo estaba cubierto de sudor, y no era por culpa del sol. A cada vuelta apacible del pez, el viejo recobraba sedal. Dos vueltas más y conseguiría arponearlo.

«Pero tengo que acercarlo y acercarlo —pensó—. No tengo que apuntar a la cabeza, sino al corazón».

—Ten calma, amigo —se dijo—. No es el momento de arrugarse.

A la vuelta siguiente, el pez salió del agua. Todavía estaba un poco lejos de la barca. A la vuelta siguiente hallábase aún más lejos, pero sobresalía más del agua. El viejo estaba seguro de que cobrando un poco más de sedal conseguiría llevarlo al costado del bote.

El arpón estaba preparado hacía ya mucho rato. Su rollo de cuerda ligera estaba en una cesta redonda y su extremo amarrado a la bita de proa.

El pez, apaciblemente, terminó la vuelta. Era magnífico. Veíasele remover su larga cola. El viejo tiró del sedal para acercarlo. Por un instante se volvió el pez de costado, pero luego se enderezó y comenzó otra vuelta.

—Lo moví —dijo el viejo—. Esta vez lo he movido.

Estaba agotado, pero sujetaba al pez tan corto como le era posible.

«Lo he movido —pensó—. Quizá pueda hacerlo virar hasta aquí. Vamos, manos, tirad. Piernas, sosteneos firmes. No me falles, cabeza. Nunca has hecho tonterías. Esta vez voy a virarlo».

Poniendo en ello todo su esfuerzo, empezó a tirar con todas sus energías, antes de que el pez se pusiera a lo largo del bote. Pero el pez, después de haber virado en parte, se enderezó y se alejó nadando lentamente.

—Pez —dijo el viejo—. Tienes que morir. Sea como sea. ¿Quieres que muera yo también?

«Así no se consigue nada —pensó. Su boca estaba demasiado seca para hablar, pero ahora no podía alcanzar la botella de agua—. Esta vez tengo que arrimarlo. No puedo aguantar esto mucho tiempo. Pero lo aguantarás —se dijo a sí mismo—. Puedes hacerlo, y más aún».

Al círculo siguiente estuvo a punto de atraparlo. Pero otra vez se enderezó el pez y se alejó lentamente.

«Quieres que muera, pez —pensó—. Estás en tu derecho. Amigo, jamás había visto nada más grande, más noble, más tranquilo ni más bello que tú. Vamos, mátame. Da igual que cualquiera de los dos muramos».

«¡Qué estás diciendo! —pensó—. Desvarías. Has de mantener la cabeza despejada. Ten la cabeza clara y sufre como un hombre. O como un pez».

—La cabeza clara —dijo con una voz que apenas podía oír.

Por dos veces los círculos del pez no tuvieron ningún resultado práctico.

«No sé —pensó el viejo. Había estado a punto de desvanecerse—. No sé. Lo intentaré otra vez».

Probó una vez más. Cuando viró el pez, tuvo un vahído. Luego, el pez se enderezó y partió lentamente, meneando en el aire su enorme cola.

«Probaré otra vez», se dijo el viejo, aunque sus manos estaban ahora blandas y veía solamente a intervalos.

Lo probó, y el mismo fracaso.

«Vaya —pensó, y se sintió desfallecer antes de empezar—. Lo intentaré otra vez».

Hizo acopio de todo lo que le quedaba de fuerzas, valor y orgullo, y lo lanzó contra la agonía del pez. Éste se acercó a la barca. Nadaba suavemente, cerca del viejo, y su nariz tocó la madera del bote.

Iba a dejar atrás la barca. Era un pez largo y plateado, de franjas purpúreas, espeso y ancho. En el agua parecía que no se iba a acabar nunca.

El viejo soltó el sedal y le puso el pie encima. Luego levantó el arpón tan alto como pudo y lo lanzó hacia abajo con todas sus fuerzas, aumentadas con aquellas que acababa de crear, y se lo clavó en el costado, tras la aleta pectoral que se elevaba en el aire a la altura de su pecho. Sintió penetrar el hierro y se apoyó en él con todo su peso para que penetrara hasta el fondo.

El pez, con la muerte en las entrañas, volvió a la vida. Con una postrera muestra de sus fuerzas y su energía, dio un salto. Durante un instante pareció suspendido en el aire por encima del viejo y la barca, y por último se derrumbó pesadamente en el mar. Una masa de agua se precipitó sobre el viejo y el bote.

El viejo estaba agotado, había llegado al final de sus fuerzas y no veía bien. Sin embargo, soltó la cuerda del arpón y la dejó deslizarse lentamente entre sus manos desolladas. Cuando vio mejor, el pez estaba tumbado, boca arriba el plateado vientre. La empuñadura del arpón estaba oblicua junto a la cabeza, y el mar comenzaba a teñirse con la roja sangre que manaba de su corazón. Primero pareció oscura en aquel mar que tenía más de una milla de profundidad. Luego el color se extendió como una nube. El pez, plateado e inmóvil, flotaba sobre las olas.

Durante el breve instante en que pudo verlo, el viejo lo contempló atentamente. Dos veces enrolló la cuerda del arpón en torno a la bita de proa, y luego se sujetó la cabeza entre las manos.

—No puedo perder la cabeza —se dijo, contra la borda de proa—. Amigo mío, estás acabado. Pero he matado este pez que es mi hermano y ahora hay que llegar al fin.

«Tengo que preparar los lazos y la cuerda para amarrarlo al costado del bote —pensó—. Aunque fuéramos dos y pudiéramos cargarlo en el bote y achicar luego el agua, la barca no podría con él. Tengo que prepararlo todo, lo ataré bien y luego pondré el palo, izaré la vela, y de regreso».

Había que pasar una cuerda a través de las agallas, sacarla por la boca y amarrar la cabeza al costado de proa, y el viejo empezó a tirar para arrimar el pez al costado del bote.

«Quiero verlo —pensó—, tocarlo y palparlo. Es mi suerte. Por esto quiero tocarlo. Creo que sentí su corazón cuando hundí el arpón por segunda vez. Bueno, ahora hay que llevarlo, arrimarlo bien. Le echaré un nudo corredizo en torno a la cola y otro en torno al vientre. Así quedará bien atado».

—A trabajar, amigo —se dijo, y bebió un corto trago de agua—. Ahora que ha terminado la lucha, tengo mucho que hacer.

Miró al cielo y luego al pez. Luego observó la altura del sol.

«No debe ser mucho más de mediodía —pensó—. Se levanta la brisa. Los sedales me tienen ya sin cuidado. Ya se empalmarán cuando llegue a casa».

—Vamos, pescado, ven acá —dijo.

Pero el pez no acudía. Seguía allí, flotando en el mar, y el viejo condujo la barca hasta él.

La cabeza golpeó la proa. Era un pez tan grande que el viejo, que estaba casi junto a él, no podía creerlo. Soltó de la bita la cuerda del arpón, la pasó luego por las agallas y la sacó por las mandíbulas. Le dio una vuelta con ella a la espada y la pasó a través de la otra agalla. Hecho esto, volvió a arrollarla a la espada, ató los dos extremos y amarró todo sólidamente a la bita de proa.

Después de haber cortado el sobrante de cuerda, se fue a popa y amarró la cola.

El rojo y plata del pez era ahora plata pura, y sus franjas, del mismo color más pálido de su cola. Tenían la anchura de un palmo, y los ojos del pez eran como los espejos de un periscopio, parecidos a los de un santo en una procesión.

—No tenía otro medio de matarlo —dijo el viejo.

El trago de agua que había tomado le sentó bien. Su cabeza estaba despejada y ya no se desvanecería.

«Tal como está, pesa una tonelada por lo menos —pensó—. Cumplidamente. Si no más. Una vez limpio, quedarán dos tercios. A treinta centavos la libra, ¿cuánto es?».

—Para calcularlo necesitaría un lápiz —dijo—. La cabeza no me funciona. Hoy el gran Di Maggio se sentiría orgulloso de mí. No tengo espuelas de hueso, pero ¡caray, las manos y la espalda!

«Me pregunto qué diantre será un espuela de hueso —pensó—. Tal vez se tienen y uno no lo sabe».

Sujetó al pez a proa y a popa y al banco del centro. El pez era tan grande que parecía como si el viejo amarrase su bote a una barca mucho mayor. Cortó un trozo de sedal y ató la mandíbula inferior del pez a su hocico, para que no tuviese la boca abierta e hiciera de freno a la barca. Por último encajó el mástil en la carlinga. Luego, con el palo que utilizaba como bichero y el botalón aparejados, la vela remendada se hinchó. El bote empezó a moverse, y medio tendido en la popa el viejo puso rumbo Sudoeste.

No necesitaba brújula para saber dónde estaba el Sudoeste. Le bastaba con sentir la brisa y el tiro de la vela.

«Será mejor que eche un sedal al agua con una cuchara y trate de coger algo que me meta un poco de sustancia en el cuerpo».

Pero no encontró ninguna cuchara y sus sardinas estaban podridas. Al pasar, enganchó unos sargazos y la sacudió para que cayeran los pequeños camarones que estaban prendidos de ellas. Pronto una docena se halló en el fondo de la barca, pataleando y saltando como pulgas marinas. El viejo los descabezó con el pulgar y el índice, y se los comió con caparazón y patas. Eran muy pequeños, pero nutritivos y tenían buen sabor.

En la botella quedaban todavía un par de sorbos de agua. Cuando se hubo comido los camarones, bebió la mitad de un trago. El bote navegaba bien, teniendo en cuenta el lastre que arrastraba. El viejo gobernaba con la caña del timón bajo el brazo. Veía el pez a su lado, y, por otra parte, le bastaba sentir contra la borda sus hombros doloridos y mirar sus manos para convencerse de que aquella aventura había sucedido realmente y no era un sueño. Hubo un instante, cuando, al final de la lucha, se sintió tan débil, en que tuvo la idea de que todo era un sueño. Cuando el pez salió del agua y se mantuvo inmóvil bajo el cielo, antes de caer, se dijo que en todo aquello había algo extraño en lo que no era posible creer razonablemente. Bien era verdad que en aquel momento su vista había flaqueado, y ahora veía tan bien como de costumbre.

El pez estaba allí ahora, y sus manos y su espalda no eran un sueño.

«Las manos se curan pronto —pensó—. Han sangrado lo suyo, pero el agua del mar las curará. La buena agua oscura del Golfo es la mejor medicina que hay. Lo importante es no perder la chaveta. Las manos se han portado como debían».

«Navegamos bien. Con la boca cerrada y la boca vertical bogamos como hermanos».

Sus ideas empezaron a enturbiarse un poco y se preguntó:

—¿Me lleva él a mí o soy yo quien lo llevo? Si lo llevara a remolque no habría la menor duda. Tampoco la habría si estuviera en la barca, dignamente.

Pero navegaban juntos, costado contra costado.

—Después de todo —se dijo el viejo—, que me lleve él, si le gusta. Yo soy superior a él por mis mañas, pero la verdad es que no ha querido hacerme daño.

La barca bogaba a buena marcha. El viejo metió las manos en el agua salada y trató de no perder el hilo de sus pensamientos. Por encima de ellos había altos cúmulos y cirros abundantes, lo que hacía pensar que el viento soplaría toda la noche. El viejo no apartaba los ojos del pez. Era, pues, verdad.

Una hora más tarde atacó el primer tiburón.

El tiburón no estaba allí por casualidad. Abandonó la vasta profundidad del océano cuando se formó la oscura nube de sangre y se diseminó en el mar a una milla de profundidad.

Surgió tan rápida y descuidadamente que quebró la superficie del agua azul y resplandeció el sol. Luego cayó de nuevo en el mar, encontró el rastro de sangre y se lanzó en persecución del pez y la barca.

A veces perdía la pista. Pero la encontraba o lo guiaba algún indicio. Nadaba rápidamente y sin cansarse. Era un gran tiburón Mako acostumbrado a la velocidad y tan rápido como el pez que lo fuera más. Todo en él era bello, salvo sus mandíbulas.

Su lomo era azul como el de un pez espada, su vientre plateado y su piel bella y satinada. Tenía la forma del pez espada, excepto en las mandíbulas, que eran enormes, cerradas herméticamente mientras nadaba bajo la superficie, con la aleta dorsal hendiendo el agua, sin moverse. En su boca cerrada había ocho hileras de dientes inclinados hacia adentro. Estos dientes no tenían la forma piramidal que se encuentra en la mayor parte de los tiburones, sino que se parecían a los dedos de un hombre cuando se crispan. Eran casi tan largos como los dedos del viejo y cortantes por ambos lados, como navajas. Los peces tan rápido y tan bien armados, no tienen otro enemigo que éste, puesto que es capaz de devorarlos a todos.

El tiburón apresurábase ahora a medida que se precisaba la pista, y hendía el agua con su aleta azul.

Cuando el viejo lo vio llegar advirtió en seguida que era un tiburón de los que no le tenían miedo a nada y que haría exactamente lo que quisiera. Mientras lo observaba preparó el arpón y ató la cuerda. Pero ésta era corta porque le faltaba el pedazo que había cortado para amarrar al pez espada.

El viejo se sentía firme y lúcido. Estaba decidido, pero no se hacía muchas esperanzas.

«Era demasiado bueno para que durase», pensó.

Miró largo rato a su gran pez, sin dejar de observar el acercamiento del tiburón.

«Tal vez sea un sueño —pensó—. No puedo impedirle que me ataque. Pero quizá pueda cargármelo».

«*Dentuso* —pensó—. Hijo de puta».

El tiburón se acercó velozmente a la barca. Cuando atacó al pez espada, el viejo vio su boca abierta y sus extraños ojos. Oyó el chasquido de los dientes al clavarse en la carne justamente sobre la cola. La cabeza del tiburón salía del agua y su lomo

asomaba en la superficie. La piel y la carne del pez espada se desgarraron en el momento en que el viejo lanzó su arpón sobre la cabeza del tiburón. Había apuntado al lugar en que se cruza la línea que va de un ojo a otro con la que prolonga directamente la nariz.

No eran más que líneas supuestas. Solamente, en realidad, la cabeza pesada y recortada, los grandes ojos y las mandíbulas que chasqueaban amenazadoras y dispuestas a devorarlo todo. Pero allí estaba el emplazamiento del cerebro, y allí fue donde el viejo lo hirió. Lo golpeó con sus manos sangrientas y blandas, hundiendo su arpón en un supremo esfuerzo. Hirió sin hacerse ilusiones, pero con decisión y odio.

El tiburón se volvió de lado, y el viejo vio que en sus ojos no había vida. Luego se volvió del otro lado y quedó envuelto en dos vueltas de cuerda. El viejo sabía que el tiburón estaba muerto, pero éste no quería admitirlo. Tumbado sobre el lomo, daba coletazos al aire. Sus mandíbulas se cerraban en el vacío y batía el agua como una lancha motora. Llenábase de espuma el lugar en el que su cola se agitaba, y las tres cuartas partes de su cuerpo sobresalían del agua cuando la cuerda se puso tirante y se rompió. El tiburón se quedó inmóvil un instante bajo las miradas atentas del viejo. Luego, lentamente, se hundió.

—Se ha llevado cuarenta libras —dijo el viejo en voz alta.

«También se me ha llevado el arpón y la cuerda —pensó—. Y ahora mi pez sangra y vendrán otros».

No le gustaba ya mirar al pez porque había sido mutilado. Cuando fue atacado momentos antes le pareció que era a él mismo a quien devoraban.

«Pero he matado al tiburón que atacó a mi pez —pensó—. Y era el *dentuso* mayor que vi en mi vida. Y bien sabe Dios que he visto *dentusos* grandes».

«Era demasiado bueno para durar —pensó—. Ahora pienso que ojalá hubiese sido un sueño. Quisiera no haber pescado nunca este pez. Preferiría estar solo en mi cama sobre los periódicos».

—Pero el hombre jamás debe confesarse vencido —dijo—. Un hombre puede ser destruido, pero no vencido.

«Siento haber matado a este pez —pensó—. Ahora va a comenzar a ponerse fea la cosa y ni siquiera tengo el arpón. El *dentuso* es cruel, fuerte y listo. Sin embargo, yo he sido más listo que él. ¡Quién sabe! Lo cierto es que yo estaba mejor armado».

—No le des vueltas —dijo en alta voz—. Navega y acepta las cosas como vengan.

«Sin embargo, tengo que pensar —se dijo—, porque es lo único que puedo hacer. Pensaré en el *baseball*. Me pregunto qué le hubiese parecido al gran Di Maggio el golpe que le di al tiburón en el cerebro. ¡Bah! Tampoco era nada del otro mundo —pensó—. Cualquiera hubiese hecho lo mismo. A saber si mis desolladuras en las manos son o no más molestas que una espuela de hueso. Me gustarla saberlo. Nunca me hizo daño el talón, excepto una vez en que estaba nadando y pisé una raya. La condenada me paralizó una pierna y me hizo daño».



—Sería mejor que pensaras en otra cosa más alegre, muchacho —dijo—. A medida que pasan los minutos te vas acercando a casa. Has perdido cuarenta libras, pero vas más de prisa.

Sabía perfectamente lo que ocurriría cuando llegara al centro de la corriente. Pero por el momento no había nada que hacer.

—¡Pues claro que sí! —exclamó—. Siempre puedo atar mi cuchillo en la punta de un remo.

Así lo hizo, manteniendo bajo el brazo la caña del timón y sosteniendo bajo el pie la escota de la vela.

—Bueno —dijo—, soy un viejo, es verdad, pero estoy armado.

La brisa había refrescado y la barca navegaba bien. El viejo miraba solamente la parte superior de su pez y renacía en él la esperanza.

«No hay que desesperar —pensó—. Es una estupidez. Además, creo que es un pecado. Bueno, no pienses en el pecado. Tienes ahora demasiadas cosas en la cabeza para pensar en el pecado. Además, no entiendes ni tanto así de esto.

»No entiendo ni tanto así y no estoy seguro de creer en el pecado. Quizás haya sido un pecado matar este pez. Pero me parece que podía hacerlo, porque lo he matado para no morir de hambre y alimentar a mucha gente. O a lo mejor todo es pecado. Te digo que no pienses en el pecado. Es demasiado tarde para estas cosas y hay gente a la que se le paga para esto. Bueno, déjales a ellos que lo piensen. Tú naciste pescador, como este pez nació pez. San Pedro era pescador y también el padre del gran Di Maggio».

Pero le gustaba pensar en todo lo que le concernía. Como no tenía nada que leer ni tampoco aparato de radio, meditaba sin cansarse. Sus pensamientos volvieron al pecado.

«No mataste al pez porque estuvieras muriéndote de hambre —pensó—. Ni para venderlo. Lo mataste por orgullo. Lo mataste porque naciste pescador. Cuando estaba vivo amabas al pez y también lo amaste luego. Si lo amas no es pecado haberlo matado. ¿O acaso es peor?»

—Te devanas demasiado los sesos, muchacho —dijo.

«Esto no impide que te haya gustado cargarte al *dentuso* —pensó—. Con todo y ser un animal que se alimenta de peces vivos, como tú. No es animal que se alimente de carroñas, o que vaya hambreando por un lado y por otro como algunos tiburones. El *dentuso* es hermoso y noble. No conoce el miedo».

—Lo maté en legítima defensa —dijo el viejo en voz alta—. Y lo maté como se debe.

«Además —pensó—, todo el mundo mata de una forma u otra. Pescar me mata tanto como me da vida. El chico me hace vivir —pensó—. Bueno, dejémonos de tonterías».

Inclinándose sobre la borda, cortó un trozo de la carne del pez en el lugar donde lo había mordido el tiburón. Lo masticó largo rato, apreciando su calidad y su

agradable sabor. Era una carne apretada y jugosa, como la de res, aunque no fuese roja. No tenía nervios y el viejo sabía que en el mercado la pagarían a buen precio. Pero no había medio de impedir que su olor se extendiera por el mar, y esto le hacía temer muchos quebraderos de cabeza.

La brisa continuaba soplando. Había cambiado un poco hacia el Noroeste, lo que significaba que no amainaría. El viejo escrutó el horizonte ante él, pero no vio ninguna vela, ni una columna de humo, ni un barco. Solamente peces voladores que saltaban a proa e iban a caer junto a las algas amarillas del Golfo. Ni siquiera se veían pájaros.

Navegó así durante dos horas, descansando en la popa y comiendo de vez en cuando un trozo de pez espada, tratando de reposar para conservar sus fuerzas. Entonces vio el primero de los dos tiburones.

—¡Ay! —dijo en voz alta.

Esta palabra es intraducible. Tal vez no sea más que un sonido, una de esas exclamaciones que se le escapan a uno a pesar suyo, cuando un clavo nos atraviesa la mano y penetra en la madera.

—*Galanos* —exclamó.

Acababa de ver la segunda aleta detrás de la primera.

Estos tiburones pertenecen a la especie llamada «hocico de espátula». Tienen una parda aleta triangular y amplios movimientos de cola. Habían olfateado el rastro del pez, pero el hambre los excitaba tan estúpidamente que perdían y recobraban el aroma. No obstante, se acercaban sin cesar.

El viejo amarró la escota e inmovilizó la caña del timón. Luego empuñó el remo al que había atado el cuchillo. Lo levantó lo más suavemente que pudo, porque las palmas de sus manos le dolían espantosamente. Varias veces abrió y cerró las manos sobre el remo para que no se le inmovilizaran. Por último, las cerró bruscamente para que aguantaran ahora el dolor, porque había que actuar, y esperó a los tiburones. Podía ver sus anchas y aplastadas cabezas en forma de espátula y las puntas blancas de sus mandíbulas pectorales. Eran unos animales inmundos, apestosos, más comedores de carroña que cazadores. Cuando tienen hambre llegan incluso a morder los remos o el timón de los barcos, o seccionaban las patas de las tortugas cuando dormían entre dos aguas. Atacaban también al hombre aunque éste no llevara encima sangre u olor a pez.

—¡Ay! —exclamó el viejo—. *Galanos*. ¡Vamos, *galanos*!

Se lanzaron, pero no de la misma forma que el Mako. Uno viró y desapareció bajo el bote. Por las sacudidas, de éste, el viejo comprendió que el tiburón atacaba al pez. El otro tiburón vigilaba de soslayo al viejo, con sus ojillos amarillentos. Luego, con las mandíbulas abiertas, se lanzó al lugar del pez espada que ya había sido mordido. La línea dibujábase claramente en lo alto de su cabeza negruzca, allí donde el cerebro se une a la espina dorsal. Allí fue donde el viejo clavó el cuchillo que había atado al remo. Luego levantó su arma y la hundió de nuevo en un ojo felino del

tiburón. Inmediatamente éste soltó el pez, se deslizó hacia abajo, tragó lo que había arrancado y murió.

La barca continuaba oscilando bajo los ataques del otro tiburón. El viejo movió la escota y la barca dio un bandazo. Apareció el tiburón. El viejo, cuando lo vio, se inclinó sobre la borda y lo acuchilló. Pero no alcanzó más que la carne, que apenas profundizó, porque la piel era dura. El golpe repercutió dolorosamente en sus manos y su espalda. El tiburón volvió a la carga, con la cabeza fuera del agua. En el momento en que sacaba el hocico y se pegaba al pescado, el viejo lo hirió en el centro de la cabeza plana. Levantó el arma y lo hirió por segunda vez exactamente en el mismo sitio. Sin embargo, el tiburón continuaba agarrado al pez por las mandíbulas. El viejo le acuchilló el ojo izquierdo, pero el tiburón no se movió.

—¿No tienes bastante? —dijo el viejo.

Y le clavó el cuchillo entre las vértebras y el cerebro, golpe fácil, dada la ocasión. El viejo sintió que se rompía el cartílago. Sacó el cuchillo y lo metió entre las mandíbulas del tiburón para que las separara. Dio varias vueltas a la hoja, y cuando por fin el tiburón soltó la presa y se hundió, le dijo:

—Vete al cuerno, *galano*. Lárgate a una milla de profundidad. Ve a reunirse con tu compañero, a no ser que sea tu madre.

El viejo limpió la hoja del cuchillo, dejó el remo y recogió la escota. La vela se llenó de aire y la barca partió en su derrota.

—Al menos se han comido un cuarto del pez y de la parte mejor —dijo en voz alta—. ¡Ojalá fuera un sueño y no lo hubiese pescado jamás! Me da pena todo esto, pez. Esto se lleva al diantre todo lo que hemos hecho.

Se calló y no quiso ya mirar al pescado. Desangrado y zarandeado por las olas, tenía ese color gris plomo que tiene el estaño de los espejos y se distinguían aún sus franjas.

—No debí alejarme tanto de la costa, pez —le dijo—. Ni por ti ni por mí. Perdóname, pez.

«Ahora —se dijo—, mira la ligadura del cuchillo, no sea que haya sido cortada. Y luego ocúpate un poco de tus manos, porque aquí no acaba la cosa».

—¡Ojalá me hubiese traído una piedra de amolar! —dijo, luego de haber examinado la ligadura del cuchillo en la punta del remo—. Debí haberme traído una piedra.

«Debiste traer muchas cosas —pensó—, pero no las has traído. Y no es el momento de pensar en lo que te falta. Piensa en lo que puedes hacer con lo que tienes».

—Bueno, basta ya de consejos —dijo en voz alta—. Estoy hasta las narices.

Sujetó la caña con el brazo y hundió ambas manos en el agua, mientras la barca seguía avanzando.

—Dios sabe cuánto se habrá llevado ése —dijo—. Pero ahora la barca va más ligera.

No quería pensar en el vientre mutilado del pez. Sabía que cada sacudida producida por el tiburón era un trozo de carne que había sido arrancado, y que el pez espada dejaba ahora para todos los tiburones del mar un rastro tan ancho como una carretera.

«Con este pez se hubiera podido mantener a un hombre durante todo el invierno —pensó—. Bueno, no pienses en eso. Será mejor que reposes un rato, y trata de cuidar un poco tus manos para defender lo que queda. El olor a sangre de mis manos no es nada comparado con el olor que se extiende por el agua. En fin, mis manos no sangran tanto como eso. No tienen ninguna herida de cuidado. Una sangría como ésta le vendrá muy bien a mi mano izquierda para no tener calambres».

«¿En qué puedo pensar ahora? —se dijo—. En nada. No hay que pensar, sino esperar lo que venga. ¡Si todo hubiera sido un sueño! Las cosas podrían haber ido muy bien».

El siguiente tiburón acudió solo. Era también un «hocico de espátula». Se lanzó sobre su presa como un cerdo sobre la artesa, si es posible admitir que un cerdo tenga una boca tan grande como para que un hombre pueda meter en ella la cabeza.

El viejo le dejó que atacara al pez. Luego le clavó en el cerebro el cuchillo atado al remo. Pero, al hundirse, el tiburón saltó atrás y partió la hoja.

El viejo se puso al timón. Ni siquiera quiso ver al tiburón que se hundía lentamente, primero en todo su tamaño, luego más pequeño y después diminuto.

Esto le había fascinado siempre, pero aquella vez ni siquiera lo miró.

—Ahora me queda el bichero —dijo—, pero no servirá de nada. Tengo los dos remos, la caña del timón y el palo.

«Me han vencido —pensó—. Soy demasiado viejo para matar tiburones a estacazos. Pero me defenderé contra ellos mientras tenga el palo, la caña y los remos».

De nuevo se mojó las manos en el mar. La tarde tocaba a su fin. No se veía otra cosa que el mar y el cielo. El viento había aumentado y era de esperar que la costa no tardara en aparecer.

—Estás cansado, amigo —dijo—. Cansado hasta no poder más.

Los tiburones no le atacaron hasta la puesta del sol.

El viejo vio llegar las pardas aletas a lo largo del ancho rastro que el pescado debía dejar en el mar. Ni siquiera seguían el rastro. Avanzaban juntos, directamente hacia la barca.

El viejo ató la caña y amarró la escota. Luego cogió el palo que tenía en la popa. Era un viejo mango de remo roto, cortado a unos dos pies y medio. A causa de su forma solamente podía ser útil manejado por una mano.

El viejo lo empuñó firmemente con la mano derecha y lo blandió mientras veía acercarse a los tiburones. También eran dos *galanos*.

«Debo dejar que el primero agarre bien para arrearle en la punta del hocico, o en la cabeza», pensó.

Los dos tiburones atacaron al mismo tiempo, y el viejo, cuando vio al más cercano abrir las mandíbulas y clavar los dientes en el plateado vientre del pescado, levantó el palo tan alto como le fue posible y lo abatió con fuerza y violencia sobre la enorme cabeza del tiburón. Sintió la elástica solidez de la cabeza cuando el palo la golpeó, pero también sintió la dureza del hueso. Y otra vez golpeó duramente al *galano* sobre el hocico, en el instante en que se separaba del pez.

El otro había mordido ya varias veces al pez espada. Con la boca abierta se disponía a atacar de nuevo. Trozos de carne caían de los rincones de sus mandíbulas, formando tiras blancas. Se lanzó sobre el pescado y cerró las mandíbulas. El viejo blandió el palo, pero lo golpeó sólo en la cabeza. El tiburón lo miró y arrancó el trozo que había empezado a morder. En el instante en que se apartaba para tragarlo, el viejo lo golpeó de nuevo, pero dio sólo en la masa elástica de la cabeza.

—Vamos, *galano* —dijo el viejo—, vuelve.

El tiburón atacó de nuevo con furia, y el viejo lo alcanzó en el instante en que cerraba las mandíbulas. Había levantado el palo tan alto como le fue posible y lo dejó caer con toda su fuerza. Esta vez sintió el hueso y le pegó de nuevo en el mismo sitio. El tiburón logró arrancar débilmente la carne y se deslizó hacia abajo, apartándose del pez.

El viejo esperó a que subiera, pero ni éste ni el otro aparecieron. Por último vio a uno que daba vueltas en la superficie del agua, pero no vio la aleta del otro.

«No podía esperar matarlo —pensó—. No es como en mis buenos tiempos. Pero indudablemente les hice daño y no deben sentirse muy bien. Si hubiese podido manejar un palo con las dos manos, seguramente habría matado al primero. Incluso ahora».

No quiso mirar a su pescado. Sabía que la mitad había sido destruida. Y el sol se había puesto mientras él peleaba con los tiburones.

—Pronto será de noche —dijo—. Tal vez entonces vea el resplandor de las luces de La Habana. Si estoy demasiado lejos al Este, veré las luces de una de las nuevas playas.

«Ahora no debo de estar muy lejos —pensó—. Espero que nadie se haya alarmado por mí. El chico me preocupa. Pero estoy seguro de que tiene confianza. Son los viejos los que estarán inquietos. Y no solamente los viejos, ¡diantre! Todos son buena gente».

No resultaba fácil conversar con el pez porque estaba demasiado destrozado. Entonces tuvo una idea.

—Medio pez —dijo—, pez que fuiste, escucha. Los dos nos hemos arruinado. Pero tú y yo hemos matado unos cuantos tiburones y les hemos cascado a otros. ¿Cuántos habrás matado en tu vida, amigo mío? Supongo que por algo tienes esa espada en la cabeza, ¿no?

Le gustaba ahora pensar en el pez y en lo que podría hacerles a los tiburones si nadara libremente.

«Debí haberle cortado la espada para atacar con ella a los tiburones —pensó—. Pero no tenía hacha y me quedé sin cuchillo».

«¡Ojalá lo hubiese hecho! La habría atado a un remo y a estas horas tendría una buena arma. Entonces habríamos luchado los dos contra toda esa canalla. ¿Qué podrás hacer tú ahora si aparecen en la oscuridad? ¿Qué puedes hacer?»

—Atacarlos —dijo—. Pelear contra ellos hasta la muerte.

En la oscuridad creciente, sin luces ni fulgor, con la sola compañía del viento y el firme tiro de la vela, le pareció que estaba ya muerto. Juntó ambas manos y se tocó las palmas. No estaban muertas ni mucho menos. Podía reencontrar el sufrimiento y la vida con sólo abrirlas y cerrarlas. Se apoyó en la popa. A Dios gracias, no estaba muerto. Sus hombros se lo decían.

—Diré todas esas oraciones que prometí si pescaba el pez —dijo—. Estoy demasiado cansado para decirlas ahora. Será mejor que coja el saco y me lo eche sobre los hombros.

Medio turbado, atento a la caña del timón, miró a ver si aparecía el resplandor en el cielo.

«Tengo la mitad del pez —pensó—. Quizá tenga la suerte de llegar con la mitad de delante. Bien merezco un poco de suerte. No —se dijo—, tentaste la suerte cuando te alejaste demasiado».

—Déjate de tonterías —dijo en alta voz—. No te duermas y mantén el rumbo. Tal vez tenga suerte todavía. Me gustaría comprar un poco, si se vendiera en alguna parte».

«¿Y con qué la compraría? —se preguntó—. ¿Acaso puedo comprarla con un arpón partido, un cuchillo roto y dos manos estropeadas?».

—Podría ser —dijo—. He tratado de comprarla en el mar con ochenta y cuatro días. Casi estuvieron a punto de vendérmela.

«Estás diciendo majaderías —pensó—. La suerte es algo que se presenta de muchas maneras. ¿Quién podría reconocerla? Sin embargo, si se presentara, haría todo lo que fuera necesario. Me gustaría ver una luz. ¡Quiero tantas cosas! No, ahora no quiero nada más que eso».

Buscó una posición más cómoda para timonear y el dolor que le produjo le evidenció que no estaba muerto.

Hacia las diez de la noche distinguió, reflejado en el mar, el halo de las luces de la capital. Primero no fue más que una claridad difusa semejante a la que precede a la salida de la luna. Luego las luces se convirtieron en puntos fijos agujereando el espacio marino. El mar se había picado un poco a causa de la brisa creciente. El viejo dirigió ahora el rumbo al centro del resplandor. Pensó que no tardaría en haber pasado la corriente.

«Se acabó —pensó—. Probablemente me atacarán otra vez. Pero ¿qué puede hacer uno en la oscuridad, y sin armas?».

Estaba envarado, dolorido, y el frío de la noche despertaba todas sus heridas y el intenso dolor de su cuerpo cansado.

«Con tal de que no me vea obligado a pelear más —pensó—, con tal de que no me vea obligado a pelear más...».

Pero hacia media noche tuvo que pelear. Esta vez sabía el viejo que aquello no serviría de nada. Tenía contra él una cantidad ingente. Sólo podía ver las líneas que trazaban sus aletas en el agua y la estela fosforescente que dejaban cuando se lanzaban sobre el pescado. El viejo los golpeaba sobre las cabezas, y oía el chasquido de sus mandíbulas y el temblor de la barca cada vez que por debajo agarraban la presa. Resistía con desesperación a un enemigo que tan sólo oía y adivinaba. Luego sintió que algo le agarraba el palo y se lo arrebataba.

Quitó luego la caña del timón, la empuñó con ambas manos y se puso a dar golpes a diestra y siniestra. Pero los tiburones acudían a proa uno tras otro unas veces o todos al mismo tiempo, se lanzaban sobre el pescado y le arrancaban trozos de carne que fosforecían bajo el agua cuando aquéllos se retiraban para regresar de nuevo.

Por último, uno de ellos atacó la cabeza del pez. El viejo comprendió que todo había terminado. Blandió la caña y golpeó al tiburón en la mandíbula que se había agarrado a la resistente cabeza del pez y no cedía. Dio unos golpes más y la caña se le rompió. Siguió golpeando con el trozo roto. Lo sintió penetrar y, descubriendo así que era puntiagudo, lo empujó de nuevo. El tiburón lo soltó y salió dando vueltas. Fue el último de la manada. Ya no quedaba nada más que comer.

El viejo respiraba con dificultad y sentía en la boca un gusto extraño a hierro y dulzón que le asustó mucho por el momento. Pero no era demasiado.

Escupió en el mar y dijo:

—Tomaos eso, *galanos*, y así pensaréis que habéis matado a un hombre.

Ahora se sabía vencido definitivamente y sin remedio. Volvió a la popa. La caña rota del timón no encajaba lo suficiente para poder maniobrar.

Se echó el saco sobre los hombros y ajustó el timón a la derrota. La barca bogaba ahora ligeramente, y el viejo ya no sentía ni pensaba nada. Ahora estaba más allá de todo. No tenía otra idea que conducir su barca a puerto, tan bien y tan inteligentemente como fuera posible.

En la oscuridad los tiburones acudían a la carroña como los pobres que recogen las migajas de una mesa. El viejo no les hacía caso. No hacía caso de nada que no fuera su vela. Se daba cuenta tan sólo de que la barca bogaba sin aquel gran peso a su costado.

«Aguantó bien —pensó—. Está intacta y no tiene ningún desperfecto, excepto la caña. Y ésta es fácil de sustituir».

Había entrado en la corriente. Veía las luces de toda la playa esparcidas a lo largo de la orilla. Sabía dónde estaba. Y también que era cosa fácil llegar.

«De todos modos, el viento es nuestro amigo —pensó. Luego, añadió—: En fin, no siempre. Y también el mar, con nuestros amigos y enemigos. Y luego la cama. ¡Esa sí que es una amiga! Nada más que la cama. No estaría mal meterse en la cama. ¡Lo fácil que pueden ser las cosas cuando uno ha perdido! Jamás hubiese creído que era tan sencillo. ¿Qué te hizo perder, muchacho?».

—Nada —dijo—. Me alejé demasiado.

Cuando entró en el pequeño puerto las luces de la Terraza estaban apagadas y comprendió que todo el mundo estaba acostado. La brisa se había levantado poco a poco y soplaba ahora con violencia. Sin embargo, en el puerto, el agua estaba en calma, y el viejo puso proa hacia un lugar pedregoso al pie de las rocas. Como no había nadie para ayudarle, remó lo más lejos que pudo y amarró el bote a una piedra.

Desmontó el mástil, enrolló la vela y la ató. Luego se echó el palo al hombro y comenzó a subir. Entonces advirtió cuán grande era su fatiga. Se detuvo un momento, miró hacia atrás y a la luz de un farol vio la enorme cola del pez, más alta que la popa de la barca. Distinguió la línea blanca y desnuda que dibujaba el espinazo, como también la masa oscura de la cabeza, la espada, y aquel vacío, todo aquel vacío.

Comenzó a subir la cuesta. Una vez arriba, cayó y permaneció un rato postrado, con el palo atravesado sobre los hombros. Intentó levantarse, pero había agotado sus fuerzas. Sentado sostuvo el mástil y miró el camino. Pasó un gato por el otro lado, que iba a lo suyo.

Por último, el viejo dejó el palo en tierra y se levantó. Recogió luego el palo, se lo echó al hombro y reanudó el camino. Tuvo que sentarse todavía cinco veces más.

Al llegar a la cabaña apoyó el mástil contra la pared. A tientas encontró la botella de agua y bebió un trago. Luego, se acostó. Se echó la manta sobre los hombros y después sobre la espalda y las piernas. Durmió de bruces sobre los periódicos, con los brazos en cruz y las palmas de las manos boca arriba.

Al día siguiente por la mañana, el chico entreabrió la puerta y asomó la cabeza. El viejo continuaba durmiendo. El tiempo no era lo bastante bueno para que pudieran salir las barcas. Por esto el chico había dormido hasta muy tarde. Lo mismo que las mañanas anteriores, acudió a la cabaña del viejo. Primero se aseguró de que el viejo respiraba. Luego le vio las manos y se echó a llorar. Salió sin ruido y corrió a buscar café. Iba llorando al bajar la cuesta.

La barca estaba rodeada de pescadores que miraban lo que traía atado al costado. Uno de los hombres, con los pantalones arremangados, había entrado en el agua y media la longitud del esqueleto con un trozo de sedal.

El chico no descendió hasta la playa. Ya había estado allí y encargó a un pescador que vigilara la barca.

—¿Qué tal va? —gritó desde abajo uno de los pescadores.

—Está durmiendo —respondió el chico. No le importaba que le viesan llorar—. Sobre todo, que no lo molesten.



—Tiene dieciocho pies desde la nariz a la cola —gritó el pescador que lo estaba midiendo.

—No me extraña —dijo el chico.

Entró en la Terraza y pidió un cacharro con café.

—Bien caliente y con mucha azúcar.

—¿Nada más?

—No. Luego veré lo que puede comer.

—Como pez era un señor pez —dijo el patrono—. Jamás vi uno semejante. Tampoco los dos que trajiste ayer eran malos.

—Me cisco en ellos —dijo el chico, que volvió a llorar.

—¿Quieres beber algo? —preguntó el dueño.

—No —dijo el chico—. Diles que no molesten a Santiago. Volveré en seguida.

—Dile de mi parte que lo siento.

—Gracias —repuso el chico.

Se llevó el cacharro con el café caliente a la cabaña del viejo, y se sentó a su lado hasta que abrió los ojos. Hubo un momento en que el viejo pareció despertarse, pero inmediatamente se sumió en un profundo sueño. El chico atravesó el camino en busca de leña para calentar el café.

Por fin el viejo se movió.

—No te muevas —le dijo el chico—. Tómate esto.

Le vertió un poco de café en un vaso.

El viejo tomó el vaso y bebió.

—Pudieron más que yo, Manolín —dijo—. Me vencieron completamente.

—Pero *él*, no. El pez, no.

—De veras que no. Fue después.

—Pedrico te cuida la barca y el aparejo. ¿Qué harás con la cabeza?

—Dile a Pedrico que la corte a trozos. La usaremos como cebo en las nasas.

—¿Y la espada?

—Si la quieres, te la doy.

—Sí la quiero —dijo el chico—. Ahora tendremos que pensar lo que haremos con lo otro.

—¿Me estuvisteis buscando?

—Claro. Con las barcas y los aviones.

—El mar es muy grande y un bote es poca cosa —dijo el viejo. Era muy agradable tener alguien con quien hablar. Mucho mejor que hablar solo en el océano—. Te eché de menos, ¿sabes? —dijo—. ¿Qué pescasteis?

—Uno grande el primer día, otro el segundo y dos el tercero.

—Está bien.

—Ahora volveremos a pescar juntos los dos.

—No. Tengo el cenizo. Lo tengo en todo.

—Me cisco en el cenizo —dijo el muchacho—. Yo te daré suerte.

—¿Qué dirán en tu casa?

—Me da igual. Ayer pesqué dos. Ahora pescaremos juntos. Tengo que aprender todavía un montón de cosas.

—Tenemos que fabricarnos una buena lanza de combate y llevarla siempre a bordo. La hoja se podría hacer de un trozo de muelle de un «Ford» viejo. La haríamos afilar en Guanabacoa. Ha de ser muy puntiaguda y no muy bien templada para que no se rompa. El cuchillo se me rompió.

—Ya te buscaré otro y haré afilar la hoja del muelle. ¿Cuántos días crees que nos quedan de *brisa* fuerte?

—Tal vez tres, quizás más.

—Hay suficiente. Tengo tiempo de arreglarlo todo. Ahora, abuelo, debes cuidarte las manos.

—Ya sé lo que hay que hacer con ellas. Por la noche escupí una cosa salada y sentí que algo se me había roto en el pecho.

—Cúrate eso también —dijo el chico—. Acuéstate ahora y te traeré una camisa limpia y algo que comer.

—Tráeme los periódicos de estos días en que he estado ausente —dijo el viejo.

—Tienes que ponerte bueno en seguida porque tengo muchas cosas que aprender, y tú puedes enseñármelo todo. Fue duro, ¿verdad?

—Sí —dijo el viejo.

—Bueno. Voy a buscar la comida y los periódicos —dijo el chico—. Descansa ahora. Te traeré de la farmacia una pomada para las manos.

—No olvides decirle a Pedrico que la cabeza es para él.

—No lo olvido.

En cuanto hubo franqueado la puerta, en el camino gastado sobre el corral, el chico se echó a llorar otra vez.

Por la tarde llegó un grupo de turistas. Estaban sentados en la Terraza y contemplaban la playa llena de latas de conserva y barracudas muertas. Mientras el viento del Este levantaba un violento y continuo oleaje a la entrada del puerto, una de las mujeres vio un gran esqueleto blanco terminado en una enorme cola que se levantaba y balanceaba a capricho de la resaca.

—¿Qué es eso? —le preguntó al camarero, señalando el largo espinazo del enorme pez que ahora no era más que un esqueleto en espera de que se lo llevase la marea.

—*Tiburón* —dijo el camarero—. Un tiburón.

Creía poder explicarle así lo que había sucedido.

—No sabía que los tiburones tuvieran unas colas tan bonitas, tan bien formadas.

—Ni yo tampoco —dijo el hombre que la acompañaba.

Arriba, junto al camino, en su cabaña, el viejo dormía de nuevo. Yacía de bruces. El chico, sentado junto a él, lo contemplaba. El viejo estaba soñando leones.



ERNEST HEMINGWAY. Novelista estadounidense cuyo estilo se caracteriza por los diálogos nítidos y lacónicos y por la descripción emocional sugerida. Su vida y su obra ejercieron una gran influencia en los escritores estadounidenses de la época. Muchas de sus obras están consideradas como clásicos de la literatura en lengua inglesa.

Hemingway nació el 21 de julio de 1899 en Oak Park, Illinois, en cuyo instituto estudió. Trabajó como reportero del *Kansas City Star*, pero a los pocos meses se alistó como voluntario para conducir ambulancias en Italia durante la I Guerra Mundial. Más tarde fue transferido al ejército italiano resultando herido de gravedad. Después de la guerra fue corresponsal del *Toronto Star* hasta que se marchó a vivir a París, donde los escritores exiliados Ezra Pound y Gertrude Stein le animaron a escribir obras literarias. A partir de 1927 pasó largas temporadas en Key West, Florida, en España y en África. Volvió a España, durante la Guerra Civil, como corresponsal de guerra, cargo que también desempeñó en la II Guerra Mundial. Más tarde fue reportero del primer Ejército de Estados Unidos. Aunque no era soldado, participó en varias batallas. Después de la guerra, Hemingway se estableció en Cuba, cerca de La Habana, y en 1958 en Ketchum, Idaho. Hemingway utilizó sus experiencias de pescador, cazador y aficionado a las corridas de toros en sus obras. Su vida aventurera le llevó varias veces a las puertas de la muerte: en la Guerra Civil española cuando estallaron bombas en la habitación de su hotel, en la II Guerra Mundial al chocar con un taxi durante los apagones de guerra, y en 1954 cuando su

avión se estrelló en África. Murió en Ketchum el 2 de julio de 1961, disparándose un tiro con una escopeta.

Uno de los escritores más importantes entre las dos guerras mundiales, Hemingway describe en sus primeros libros la vida de dos tipos de personas. Por un lado, hombres y mujeres despojados por la II Guerra Mundial de su fe en los valores morales en los que antes creían, y que viven despreciando todo de forma cínica excepto sus propias necesidades afectivas. Y por otro, hombres de carácter simple y emociones primitivas, como los boxeadores profesionales y los toreros, de los que describe sus valientes y a menudo inútiles batallas contra las circunstancias. Entre sus primeras obras se encuentran los libros de cuentos *Tres relatos y diez poemas* (1923), su primer libro *En nuestro tiempo* (1924), relatos que reflejan su juventud, *Hombres sin mujeres* (1927), libro que incluía el cuento «Los asesinos», notable por su descripción de una muerte inminente, y *El que gana no se lleva nada* (1933), libro de relatos en los que describe las desgracias de los europeos. La novela que le dio la fama, *Fiesta* (1926), narra la historia de un grupo de estadounidenses y británicos que vagan sin rumbo fijo por Francia y España, miembros de la llamada generación perdida del periodo posterior a la I Guerra Mundial. En 1929 publicó su segunda novela importante, *Adiós a las armas*, conmovedora historia de un amor entre un oficial estadounidense del servicio de ambulancias y una enfermera inglesa que se desarrolla en Italia durante la guerra. Siguió con *Muerte en la tarde* (1932), artículos sobre corridas de toros, y *Las verdes colinas de Africa* (1935), escritos sobre caza mayor.

Hemingway había explorado temas como la impotencia y el fracaso, pero al final de la década de 1930 empezó a poner de manifiesto su preocupación por los problemas sociales. Tanto su novela *Tener y no tener* (1937) como su obra de teatro *La quinta columna*, publicada en *La quinta columna y los primeros cincuenta y nueve relatos* (1938), condenan duramente las injusticias políticas y económicas. Dos de sus mejores cuentos, «La vida feliz de Francis Macomber» y «Las nieves del Kilimanjaro», forman parte de este último libro. En la novela *Por quién doblan las campanas* (1940), basada en su experiencia durante la Guerra Civil española, intenta demostrar que la pérdida de libertad en cualquier parte del mundo es señal de que la libertad se encuentra en peligro en todas partes. Por el número de ejemplares vendidos, esta novela fue su obra de más éxito. Durante la década siguiente, sus únicos trabajos literarios fueron *Hombres en guerra* (1942), que él editó, y la novela *Al otro lado del río y entre los árboles* (1950). En 1952 Hemingway publicó *El viejo y el mar*, una novela corta, convincente y heroica sobre un viejo pescador cubano, por la que ganó el Premio Pulitzer de Literatura en 1953. En 1954 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura. Su última obra publicada en vida fue *Poemas completos* (1960). Los libros que se publicaron póstumamente incluyen *París era una fiesta* (1964), un relato de sus primeros años en París y España, *Enviado especial* (1967), que reúne sus artículos y reportajes periodísticos, *Primeros artículos* (1970), la

novela del mar *Islas en el golfo* (1970) y la inacabada *El jardín del Edén* (1986). Dejó sin publicar 3000 páginas de manuscritos.